



FBI

RISA  
SARDONICA

por

Frank McFair



FRANK McFAIR

# LA RISA SARDONICA







## OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

### EN SELECCIONES NEVADA:

«Hombres de rapia», núm. 47.

«Triple K», núm. 62.

### EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

«Los libertadores de Texas», núm. 39.

«Viento mortal», núm. 45.

«Cinco ases y el comodín», núm. 55.

«De sangre perversa», núm. 79.

### EN F. B. I.:

«Luchando en la sombra», núm. 5 (2.<sup>a</sup> edición).

«La ruta de la locura», núm. 8 (2.<sup>a</sup> edición).

«¡Sangre!», núm. 13 (2.<sup>a</sup> edición).

«Armonías de muerte», núm. 22 (2.<sup>a</sup> edición).

«La muerte alada», núm. 27.

«Contrabando funesto», núm. 31.

«Palestina en llamas», núm. 40.

«La huida de Varka», núm. 48.

«La bestia escarlata», núm. 58.

«Billetes malditos», núm. 61.

«Comaradas enemigos», núm. 63.

«Cita de madrugada», núm. 66.

«Loup-Garou», núm. 69.

«Mirad a las sombras», núm. 71.

«El confidente», núm. 74.

«Hora "D"», núm. 82.

«Contrato siniestro», núm. 87.

«Hombres sin alma», núm. 91.

«Rebelión», núm. 96.

«Soborno», núm. 104.

---

PRINTED IN SPAIN







SAN BERNARDO, 68 - MADRID

## COLECCION F. B. I.

### Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (3).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).





51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Pavorosa elección. (5).
58. La bestia escarlata. (3).
59. Huellas de ultratumba. (11).
60. S. O. S. (8).
61. Billetes malditos. (3).
62. Camino de perdición. (12).
63. Camaradas enemigos. (3).
64. A la deriva. (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada. (3).
67. «Killers» a sueldo. (5).
68. Muerte en el atardecer. (4).
69. Loup-Garou. (3).
70. Punto final. (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura. (13).
74. El confidente. (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco. (5).
77. El vengador negro. (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Secretado. (6).
80. Secreto de Estado. (4).
81. Alias «Lugger». (5).
82. Hora «D». (3).
83. Carne de horca. (4).
84. Tráfico mortal. (8).
85. Jack el Invencible. (8).
86. Rastros perdidos. (6).
87. Contrato siniestro. (3).
88. Traición sangrienta. (14).
89. Al borde del abismo. (5).
90. Crimen y justicia. (1).
91. Hombres sin alma. (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica. (5).
94. Misión suicida. (4).
95. Lucha a muerte. (5).
96. Rebelión. (3).
97. Hampa de frac. (1).
98. Caza mayor. (4).
99. La muerte falsifica dolores. (15).
100. Yo, Director del F. B. I. (1).
101. De Harward a Quantico. (16).
102. El asfalto es rojo. (5).
103. Tragedia en Chinatown. (14).
104. Soborno. (3).
105. Vida en deuda. (17).
106. Aguas turbulentas. (4).
107. La araña verde. (8).
108. Contrespías. (18).
109. Noches de Nueva York. (5).
110. ¡Aniquilados! (19).

### En preparación:

Chantaje.

### AUTORES

- |                   |                     |                   |
|-------------------|---------------------|-------------------|
| (1) Alf Manz.     | (8) Lewis Haroc.    | (14) F. N. Graw   |
| (2) Fred Baxter.  | (9) J. L. Martin.   | (15) Robert Deaf. |
| (3) Frank McFair. | (10) Jack Brooklyn. | (16) Alan Carson. |
| (4) Eddie Thorny. | (11) Thomas Settee  | (17) Aln Cortroa. |
| (5) O. C. Tavin.  | (12) John Nebot.    | (18) Jack Grey.   |
| (6) Alar Benet.   | (13) Thomas Wan-    | (19) Edgar Ford.  |
| (7) A. G. Murphy. | ton.                | (20) Andre O'Sum  |



«La sardónica risa de la comedia...»  
Aristóteles.

# I

## LA PRIMA DONNA



NGELICA Tormendi atacó decidida, brava y victoriosamente, las últimas y agudas notas de la fantasía. Preso en su celda, por encima de ella, Giacomo Palasto, el gran Palasto, que además de su robusta voz etrusca poseía una regia figura, que hacía suspirar a las damas y fruncir las cejas a los acompañantes masculinos de éstas, intercalaba sus soberbios berridos como si estuviese tratando de ahogar la voz de su «*partenaire*». Los sonidos quedaban vibrando en el aire como los trinos puros de esas copas de cristal de Bohemia que, al ser golpeadas con una cucharilla de plata, vibran con diferente son,

pero cuyo rumor permanece inalterable hasta que se apaga; jamás cambia.

Angélica agonizaba de dolor ante el muro de la cárcel. Los arcos de los violines serraban las cuerdas con regularidad, Palasto se desgañitaba contado al mundo sus cuitas y el director se salía de su chaqué y disparaba su enfurecida batuta hacía todas las regiones de su reino, de aquel reino de setenta profesores inmaculadamente vestidos de blanco y negro, y todos sudorosos.

—Parece de verdad —dijo, irreverentemente, la jovencita. En la semioscuridad de la sala, su cara parecía muy pálida—. Cualquiera diría que van a matar a Palasto. Aunque probablemente, si eso fuese cierto, Angélica no se pondría así. A veces creo que pagaría gustosa a quien quitase de en medio a ese escandaloso.

—¡Calla, por Dios! No chilles —le dijo su madre, poniéndose un dedo en la boca.

—Pero si no hago más que sisear...

Eso no era del todo cierto. Su siseo se podía oír perfectamente en los palcos de alrededor y varias caras burlonas se volvieron hacia ellos. Pero ¿quién se iba a enfadar con Madelon van Roosen? No, ni aun cuando arremetiese contra Palasto. Es más: eso les gustaba a los hombres.

*Mistress* Van Roosen le dió un ligero golpecito en la mano con su abanico, un abanico traído directamente de España y que le había costado una cantidad que bastaría para dar de comer a una familia europea durante dos meses y medio. Pero los Van Roosen sólo compraban lo mejor de lo mejor.

Giacomo Palasto acabó la fantasía con dos notas recias, para asegurarse la completa victoria sobre la voz, más aguda, pero no tan tremante, de su compañera, y la batuta directorial se quedó quieta. Un instante después, hizo vibrar el edificio la primera de las oleadas de aplauso que siempre seguían a cualquiera de las interpretaciones de la Tormendi.

—Me gustaría tener un cartel luminoso en las manos que rezase: «Aplaudo solamente a Angélica. ¡Al diablo con Palasto!» —puntualizó Madelon, mientras chocaba una con otra, muy aristocráticamente, por cierto, sus afiladas y blancas manos.

De los pisos superiores, ocupados por todos los bohemios del barrio de Peckham descendía una verdadera catarata de silbidos y

bramidos indicadores de su entusiasmo. *Mistress* Van Roosen se puso en pie y recogió su capa de pieles, mientras su hija se inclinaba con curiosidad sobre la barandilla del palco, observándolo todo con sus ojos de ratón vivaz.

—Mira, «ma», la señora de Thompson-Segur... Yo creo que lleva el mismo visón de la temporada pasada. Pero ha hecho algo en él para que no lo parezca.

—¡Madelon!

Pero *mistress* Van Roosen sabía que era completamente inútil. Los comentarios de su hija fluirían con la misma seguridad con que fluye el Mississippi. Lo más que podía hacer ella era tratar de que dichos comentarios no fuesen oídos por los interesados. A la salida, los ocupantes de los palcos aledaños les esperaban.

—¡Encantadora, encantadora! —salmodiaba la señora de Martin-Carleton.

—¡Qué voz, qué voz, santo Cielo! —Croaba míster Morton, en éxtasis sus ojillos perrunos.

La redactora del «Musical Review» se acercó a ellos con el lápiz preparado y el cuaderno de notas en la mano. Su afilada nariz parecía oliscarlo todo.

—Diga usted que Angélica ha estado sencillamente maravillosa —dijo *mistress* Van Roosen, de la que se esperaba, como es natural, la primera frase.

—Y que Palasto debería vender verduras en un mercado de Nápoles —agregó su hija.

La redactora se estremeció, pero no contestó palabra. Por su parte, ella pensaba escribir que Palesto era sencillamente maravilloso y que la Tormendi había estado discreta nada más. A su modo, estaba perdidamente enamorada del apuesto Giacomo.

La puerta del camarín de Angélica estaba bloqueada por una barricada de espaldas masculinas, a los que dos camareras trataban de hacer retroceder, sin resultado apreciable por el momento. Pero la voz de Madelon era de las que dominan cualquier clase de ruidos.

—¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar! ¡Ooooooh!

Esta perfecta imitación del grito de un carretero del Medio Oeste era un truco que nunca le fallaba. Los hombres se volvían asombrados de que una voz tan bien timbrada y femenina pudiera graznar así, y ella pasaba por entre ellos. Pero su madre tenía

palpitaciones cada vez que lo oía. Por fortuna, no lo oía demasiadas veces.

Las doncellas de Angélica consiguieron cerrar la puerta detrás de las dos damas y todos aquellos «*smokings*» quedaron fuera, gruñendo. Pero ellas ya estaban dentro.

Angélica se estaba quitando el vestido largo, de terciopelo color magenta, que había usado en la representación y se aprestaba a ponerse su bata. Sonrió, enseñando aquellos dientes que la hicieron famosa. No eran perlas, como cree generalmente la gente que deben ser los dientes bellos. Eran, por el contrario, ligeramente desiguales, con los colmillos un tanto salientes, muy poco, y una ligera ranura entre los dos incisivos de en medio. Esa ranura que alguien llamó «de los cantantes». Pero el caso es que esas pequeñas desigualdades le daban mucha mayor personalidad aún. Son demasiadas bocas perfectas las que Hollywood nos suministra abundante y periódicamente.

—Hola, queridas —dijo—. No sabéis cuánto os lo agradezco.

Angélica era así. Jamás, si podía ser amable, era desagradable. Para ella, la amabilidad era algo tan natural como los vestidos ligeros en verano. Algo imprescindible. Esta cualidad suya le había costado disgustos a veces, con gente dotada de una insistencia peculiar, periodistas la mayor parte de las veces, pero no se arrepentía por ello. Como que muchas personas, entre ellas Madelon van Roosen, apenas podían concebir que fuera tan magnífica artista. No se daban cuenta de una cosa: de que una cantante no necesita eso que se llama «temperamento», y que sirve a las primeras actrices para justificar sus arrebatos de cólera y sus malos humores. Angélica se limitaba a cantar lo mejor que podía, que era mucho.

—Si yo tuviera tu voz —aseguró Madelon—, haría que Palasto se volviese a su tierra a cantar en una góndola. ¡Válgame Dios, qué manera de meter ruido!

Angélica había nacido en América, pero Palasto no, por lo cual Madelon lo consideraba un «dagoe» completo[1]. Madelon tenía antipatía al cantante y no le importaba faltar a la verdad. Y la verdad es que había cantado muy bien.

—Te esperamos abajo, en el coche —dijo *mistress* Van Roosen.

—¿No vino tu marido?

*Mistress* Van Roosen se empezó a encontrar incómoda.

—¡Oh! Ya sabes, los negocios..., le ha sido imposible... —Y Madelon, al oír a su madre, se echó a reír a carcajadas. Su padre, el poderoso Hendrick van Roosen no mencionaba jamás la ópera sin añadir algún calificativo extraordinariamente violento. Odiaba la música con toda su alma y no intentaba disimularlo. Ése era, según una de sus frases favoritas, uno de sus muchos puntos de contacto con Napoleón.

—Ya sé, ya sé... Pasa, Giacomo.

Al oír el permiso de entrada, Madelon enseñó las uñas con el ademán de una gata, pero cuando Palasto entró en el camerino, ya vestido de calle, con un soberbio gabán con cuello de piel, ya estaba otra vez en la postura de una niña bien educada.

Giacomo se inclinó sobre la mano de la señora Van Roosen y se la besó con latina galantería. Este gesto siempre provocaba en Madelon una serle de pantomimas, reveladoras de sus sentimientos hacia lo versallesco. Pero Giacomo, que además de buen barítono era un diplomático ejemplar, fingía constantemente que no se daba cuenta de su presencia. La ignoraba, lo mismo que hubiese ignorado un mueble que no sirviera para nada. Esto molestaba bastante a la chiquilla, que quería existir para todo el mundo, rotundamente.

—Angélica —dijo, en su suave y algo arrastrado Inglés—, desearía cenar esta noche contigo. He de comunicarte algo.

—Lo siento, amor —replicó la muchacha—. Ceno en casa del señor Van Roosen.

—¡Ah! —replicó, escuetamente, el otro—. Mañana será, entonces. Señora..., mis respetos.

Más besos en la mano y brusco mutis del primer cantante. Madelon expresó en voz alta sus pensamientos con cierta impertinencia:

—Como ése los he visto a cientos en las calles de Nápoles. Iban con alpargatas y llevaban flores y cigarrillos detrás de las orejas. Algunos de ellos cantaban bastante mejor.

—¡Madelon!

Angélica reía suavemente. Excepto cuando la pasión del canto la arrastraba, no sentía ninguna simpatía hacia su compañero de trabajo. Pero era demasiado bondadosa para hacerlo constar así.

Media hora más tarde llegaban a la casa de los Van Roosen, en

la avenida Boles, enfrente de la Biblioteca Pública. Una casa de dos pisos, de un estilo que recordaba vagamente al francés antiguo mezclado con el flamenco.

Míster Hendrick van Roosen era el hombre más poderoso de la ciudad. Esto es: el cacique. Los senadores por el Estado y por la nación y los representantes eran nombrados no en los colegios electorales, sino en su propio despacho. Claro que luego el pueblo creía que era él quien había elegido a los padres de la patria, pero él no se cuidaba de sacarles de su error. No le importaba. El caso es que todos los poderes públicos estuviesen en sus manos.

Era un hombre alto, fuerte, de cara rubicunda y pelo muy blanco, a pesar de que no contaba más de cincuenta años. Pero no se es político en vano durante treinta años. Las preocupaciones le habían hecho encanecer, aun cuando no le habían restado ni un adarme de su vitalidad y energía. Sus antepasados holandeses fundaron la ciudad y construyeron el primero de los molinos de viento que hubo en el país. Luego, los molinos de viento se cambiaron por ingenios mecánicos, de vapor, y luego, eléctricos. Para entonces, su familia tenía ya muchos millones en un Banco, que también era suyo, y en una cadena de periódicos, que también eran de su posesión. Decir Van Roosen era decir «millones y poder».

Salió al encuentro de las tres mujeres, besó ligeramente la mejilla de su alta, gruesa y rubia esposa y estrechó la de Angélica con cierto afecto brusco. Cuando los padres de Angélica instalaron una barbería en el distrito italiano de la ciudad, unos cuantos peluqueros protestaron y denunciaron el hecho de que eran extranjeros que iban a quitarles el pan. La súplica llegó al alcalde y éste la comentó con míster Van Roosen. Por consejo de éste, Gennaro Tormendi compareció ante la Magistratura municipal.

Si Gennaro hubiese ido solo, se hubiese quedado sin su barbería y ésta hubiera pasado a manos de algunos de sus colegas anglosajones. Pero dió la casualidad de que llevaba con él a Angélica, un menudo monigote de tres pies de altura, de cabello castaño y grandes ojos oscuros, llenos de dulzura, como los de una cervatilla. Míster Van Roosen se sintió atraído hacia ella desde el primer momento en que la chiquilla, sin hacer caso de los pomposos ademanes del alcalde, se acercó a él y le puso las manos en las rodillas, mientras le decía en su media lengua que tenía unos azules

ojos muy bonitos.

Resumiendo: Gennaro Tormendi se quedó con su barbería, la amplió y recibió frecuentes noticias de mister y *mistress* Van Roosen, ya que la egregia pareja se presentaba muchas veces allí, o en su casa, para poder acariciar a Angélica. No tenían hijos y los echaban de menos vehementemente. Cuando, por fin, vino al mundo Madelon, él cariño que tenían a la pequeña italianita no disminuyó. Al revés. Angélica pasó a vivir casi permanentemente en casa de los Van Roosen, para jugar con la diablesa de los ojos azules.

Y un buen día, *mistress* Van Roosen le oyó cantar «O solé mío», acunando a la pequeña Madelon. Aquello fué el principio de su carrera musical, ya que a la experta dama no podían pasársele por alto las posibilidades que había en aquella voz. Y Angélica estudió, firme, decididamente, bajo la dirección de profesores particulares. Cuando ya éstos no pudieron enseñarla nada, marchó a París para ver a Brandolacio. Y de éste a Fortune. Y, por último, debutó en París con «Aida». Luego, en Milán, con «Cavalleria Rusticana», y por último, en Londres. No hace falta hablar de aplausos. Tuvo todos los que hubiera podido desear cualquier artista que se respetase.

—Hola, escandalosa —dijo—. ¿Te han silbado mucho?

—La galería se alborotó un poco —replicó su hija—. Pero es porque no sabían si patear a Palasto o aplaudir a Angélica. Trataba de ahogar la voz.

—¿Eso hizo? —preguntó, incrédulamente, mister Van Roosen—. Yo trataría de parar la música, pero la voz de Angélica es buena.

—Es que es un envidioso. Quiere toda la gloria para él. Si pudiera lograr que alguien le compusiese una ópera en la que sólo cantasen él y un par de voces masculinas de segundo orden, sería hombre feliz.

—Te pasas, Madelon —dijo Angélica, dulcemente—. No creo que tenga envidia de mí. Son cosas tan diferentes...

En el amplio salón donde Madelon había sido presentada en sociedad, dos meses antes, había un hombre alto, que se levantó de un sillón cuando ellas entraron. Su pelo, que llevaba bastante corto, era oscuro y oscuros, asimismo, los ojos, grandes y muy separados. Madelon encontró instantáneamente que se parecía a un artista de la pantalla, aunque no podía precisar a cuál. No es que se pareciese,

sino que le recordaba a alguien.

—Voy a presentaros a míster Burgoyne —dijo míster Van Roosen—. Míster Burgoyne nos hace el honor de cenar con nosotros.

Como es natural, tanto *mistress* Van Roosen como su hija conocían a la perfección a todo el que «fuese alguien» en la ciudad. Jamás habían oído hablar de nadie llamado Burgoyne, aun cuando el nombre les sonaba a algo relacionado con la guerra de la Independencia [2].

Por otra parte, «parecía alguien». Madelon lo encontró instantáneamente simpático, y ella acostumbraba a manifestar sus sentimientos, a no ser que estuviese enfadada, en cuyo caso nadie sabía lo que sería capaz de hacer.

—¿Es usted de aquí? —preguntó, instantáneamente.

Su padre la apartó.

—Sí, pero eso no tiene la menor importancia, amiguita.

Aquel hombre, además, parecía ignorar la presencia de la jovencita, porque no tenía ojos más que para Angélica Tormendi. Literalmente, y a pesar de que se supone que un hombre debe ser discreto en casa de unos aristócratas millonarios, se la comía con los ojos.

—Es un placer —dijo, titubeando un poco. Tenía una agradable voz de barítono, pero la jovencita Van Roosen se dio cuenta de que no había asistido a una escuela como la suya. En muchas Universidades americanas han tomado la desagradable costumbre inglesa de hablar un idioma especial, diferente del de las demás personas. Ahora, que era una voz educada; de eso no cabía ninguna duda—. La oí a usted en Philadelphia el año pasado. Nunca me imaginaría que podría conocerla personalmente.

Angélica sonrió, como acostumbraba siempre que le presentaban a alguien, con la mayor amabilidad, y luego dijo algo de arreglarse antes de la cena. Y las tres mujeres desaparecieron en el segundo piso.

—Puede usted hablar, señor —dijo Burgoyne.

—No, ahora no. Después de la cena. ¿Es que, acaso, le gusta a usted la música?

—Sí, señor. Mucho. Procuro no perderme algunas representaciones de ópera. Y siempre que he podido, he ido a oír a

la señorita Tormendi.

—Sí, bueno; ella canta bien, me distrae, pero cuando lo hace en voz baja y a mi oído. Ha aprendido unas cuantas canciones holandesas y siempre canta alguna cuando ve que estoy de mal humor. Mi hija, en cambio, me dice que vaya a algún nuevo especialista de los nervios de los demonios. A mis nervios no les pasa nada. Pero es que son demasiadas las cosas que pesan sobre mí.

—Sí, señor —dijo el otro, dejándole hablar, animador.

—Sí, demasiadas cosas —respondió el cacique, pensativo y con un gesto de cansancio—. Esas cosas modernas, nuevas... Jamás me había encontrado fatigado después de una jornada de trece horas de trabajo, resolviendo asuntos, pero ahora me ocurre. Preocupaciones...

Después de la cena las damas desaparecieron de nuevo, a una señal del dueño de la casa. Los ojos de Burgoyne siguieron a la cantante, pero ésta no se volvió siquiera. No había motivo alguno para ello.

Van Roosen se dejó caer en una butaca. En la chimenea ardían unos troncos de aromático alerce. Claro que había calefacción en el despacho, pero al viejo le gustaban los usos antiguos. Llevaba puesta una chaqueta de terciopelo verde, con los vivos rojos. Encendió un cigarro tan gordo como su dedo, mientras Burgoyne prendía un cigarrillo.

—Bien, Burgoyne. Ha llegado la hora de que le explique por qué le he llamado.

—Sí, señor; eso espero.

Hubo un breve silencio.

—Burgoyne —dijo por fin el viejo, inclinándose hacia él—. Hay filtraciones en la fábrica.

Burgoyne mostró un cortés interés.

—¿Sí? —preguntó, esperando más. Van Roosen lanzó un suspiro.

—Lo esperaba. No sabe a qué me refiero. Siempre ocurre lo mismo. Y, sin embargo, es usted el inspector jefe de esta ciudad. El inspector jefe de la División federal.

—Un momento, señor, un momento. Es que no sé a qué fábrica se refiere. Interviene usted en bastantes, reconózcalo, señor.

—Sí, pero sólo hay una en la que pueda haber filtraciones. Me

refiero a la planta número cinco, bajo custodia del Gobierno. Custodia burocrática, desde luego. No hemos querido dar demasiada publicidad a la cosa, para evitar esto precisamente. Pero no hemos tenido demasiado suerte.

Toda actitud indolente había desaparecido en Burgoyne. Estaba tenso, atento y un poco pálido.

—No puede ser... —dijo—. Aunque ustedes crean lo contrario, había vigilancia policiaca discreta en esa planta.

—¿Sí? —preguntó, sorprendido, el cacique—. Jamás lo hubiese adivinado. Pues sus hombres se han dormido, Burgoyne, porque la pieza prototipo, la fabricada en platino, ha desaparecido.

Burgoyne se puso en pie, densamente pálido.

—¡No puede ser! —gritó casi.

—Vaya si puede —afirmó el cacique—. Comprenderá que en cuanto el director se dió cuenta, me avisó. Y usted es la primera persona que lo sabe, aparte de nosotros mismos y... del ladrón.

El inspector federal se dejó caer pesadamente en su sillón.

—Explíquemelo todo —dijo, con voz bastante más débil—. Creo que..., creo que me estoy volviendo tonto. Tengo tres hombres en ésa factoría, señor. Tres hombres de los más competentes en mi departamento.

—El prototipo ha desaparecido, Burgoyne —respondió el otro, acerbamente—. Ésa es la única realidad. Ha desaparecido de la caja acorazada en que lo teníamos guardado. Esa caja acorazada...

—Lo sé, señor. Está dentro de otra y entre ambas se hace el vacío. ¿Cómo...?

—¡Oh! Desde luego ha sido uno de los trabajadores de la factoría. Muy probablemente un ingeniero. Lo que quiero decirle es esto. Burgoyne: el daño es para el Gobierno, no para la Compañía que yo represento. Yo seguiré fabricándolos, pero ustedes tendrán que cambiar por otras todas las características de ese prototipo. Pero... —Se inclinó de nuevo hacia él —soy un patriota. ¡Oh!, sí. Sé que mucha gente, en otras ciudades de la Unión, me ataca y me llama cacique, reaccionario y explotador. Es mentira, pero no quiero discutirlo. Soy un patriota y quiero demostrarlo. Estoy dispuesto a ofrecer un premio de cien mil dólares al que encuentre ese prototipo perdido antes de que alguien pueda...

—No soy un sabio, señor —dijo el inspector Burgoyne—; pero

creo que en la construcción de ese prototipo se habían introducido algunas modificaciones que harían difícil la construcción por otros que no fuéramos nosotros. Quiero decir, los rusos y todo eso. Pero quizá lo consiguieran si disponen de mucho tiempo.

—Cien mil dólares, querido Burgoyne, porque aparezca el chisme. Así no le darán a otra fábrica la contrata de eso o de otras cosas que hayan de ser fabricadas en este Estado. Cien mil dólares al que lo encuentre y pueda probar que no ha sido copiado ya.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece una original Colección titulada

**NOVELISTAS DE HOY**

Una serie de novelas *inéditas* escritas por  
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,  
CELA, INSUA y otros de igual fama, al  
precio ínfimo de CINCO PESETAS

## II

### EL CABALLERO DEL CAMINO



L hombre contempló con atención sus rotos zapatos y pensó que ya estaba bastante cansado de llevar siempre calzado en el que entraba el agua, la nieve y el frío. Y éste era ahora bastante intenso.

Además, aquel maldito guardia...

«Que los asnos bailen sobre la tumba de su abuela», deseó fervorosamente, dirigiendo la vista hacia las primeras casas del pueblo.

Era un hombre alto, ancho de hombros, pero muy delgado. Llevaba barba de tres o cuatro días.

Luego se colocó mejor el zurrón que colgaba de su hombro y apretó su paso por si acaso empezaba a llover. En aquel Estado había encontrado gentes bastante generosas, de manera que no había motivo para suponer que se le fuera a acabar la suerte. Seguramente que encontraría cena en alguna parte y algún sitio donde dormir. Ya iba siendo hora de volver a casa.

Cuando llegó a las primeras casas, se dió cuenta de que la gente en aquella ciudad se acostaba bastante temprano o algo raro ocurría. No se veía a nadie por ninguna parte. Las casas eran chalets de todas las formas imaginables: suizos, vascos, americanos coloniales; pero, sobre todo, abundaban unas construcciones que le recordaron instantáneamente a Holanda.

«Claro —dijo—. Ahora comprendo todas esas caras estólicas que encontré al venir. Querido Fitzgerald, has caído en un reducto flamenco. Apuesto a que soy capaz de enseñar algo a estos retrasados paletos».

Allá a lo lejos se veían los edificios comerciales del centro de la ciudad, rascacielos de cuarenta o cincuenta pisos. Pero, como ocurre en muchas villas del Medio Oeste, el resto de la población estaba compuesto casi exclusivamente de «cottages» particulares.

En la primera esquina encontró a un policía alto, que paseaba su frío de un lado a otro de la calle. El agente lo miró con sospecha y siguió mirándolo hasta después que lo hubo rebasado y dejado bastante atrás.

«¡Hummm!... —Hizo Fitzgerald, un tanto amoscado—. Quizá haya inconvenientes aquí».

Fitzgerald había decidido que tenía que empezar el período que él llamaba «invernar». Es decir, que durante todo el año recorría el país a pie, y al llegar el invierno, buscaba alguna ocupación en una ciudad cualquiera. Esta ocupación podía adquirir caracteres bastante diversos. Un año fué profesor de cultura física en Kansas. Otro, fogonero en Detroit. Otro, secretario de un publicista en Wichita. Todas esas profesiones las ejercía con la misma competencia. El caso era tener un techo por encima de su cabeza y un plato de comida delante de la nariz. Y todo esto es porque no se arriesgaba a dirigirse hacia el remoto Sur. En Florida, Louisiana o Mississippi podría fácilmente continuar en el camino durante el invierno, pero él odiaba cordialmente el calor húmedo y el fuerte

sol meridional.

Atrajo su atención un palacete, que recordaba alguna de las casas que había visto en Francia, y se acercó a él. Allí dentro se oía animación y se veían luces en las ventanas.

«¡Vaya una ciudad desierta! —se dijo—. Una persona que pueda estar a las diez de la noche en la cama, no es tal persona. Es una gallinácea, y nada más. No sé dónde voy a pedir albergue».

No tenía más que un dólar, pero desconociendo el terreno, no podía buscar una cama de «níquel noche». En el campo era distinto. Los granjeros, o soltaban los perros o le dejaban dormir a uno en el pajar. Por la noche se le daba una serenata a la dueña de la casa, o se le deseaba un varón, si se veía su talle un tanto abultado por incipiente maternidad, y a otra cosa. En la ciudad, la gente es más egoísta.

La ciudad no estaba tan desierta como él suponía. Una mano pesada se posó en su espalda, y al volverse, vió un policía. Un poco más allá, medio difuminado en la sombra, otro representante de la Ley y el orden se estaba muy quietecito, como al acecho.

—¿Acaso no tiene domicilio? —preguntó el guardia.

—Y si lo tuviera —respondió, secamente, Fitzgerald—, ¿qué habría con ello? Puedo estarme en la calle toda la noche si quiero.

—¿Dónde vive?

—Pues... por ahí. No le interesa. No he hecho nada.

—O me dice dónde vive o se lo explica al sargento en la seccional. Usted verá lo que hace.

—Ninguna de las dos cosas —respondió Fitzgerald, cuya sangre se iba calentando ante aquella insistencia—. No haré ninguna de las dos cosas. Tengo derecho a...

El guardia no se anduvo por las ramas. Lo cogió del brazo y tiró de él con brusquedad. Pero Fitzgerald había sido profesor de cultura física y estaba en bastante buenas condiciones. No tenía por costumbre pegar a los guardias, pero esta vez lo hizo. Levantó el brazo y estalló su puño derecho contra la mandíbula del «cop», que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Pero la Policía de aquella ciudad era eficiente. Apenas se preparaba para dar media vuelta y salir huyendo, cuando dos sombras le cayeron encima y, al instante, dejaron de ser sombras. Dos brazos armados de porras se alzaron en el aire y luego un

montón de estrellitas empezaron a parpadear dentro de su cráneo.

Cuando recobró el conocimiento, fué para maldecir y ponerse a desear continuar aún inconsciente. Porque alguien le había echado un cubo de agua encima y estaba empapado completamente.

—¡Oigan, malditos piojosos!... —empezó.

Pero se calló al ver aparecer por encima de él la cara rubicunda de un policía. Al mismo tiempo lo pusieron en pie y lo entraron en una habitación un poco más caliente que aquel patio barrido por los vientos.

Estaba en una Comisaría. Sentado en su alto sitio, igual en todas las seccionales americanas, estaba un sargento de pelo blanco, de ojos azules y ademanes bruscos. Al instante se le hizo antipático a Fitzgerald.

—Traedlo —ordenó. Y cuando lo tuvo delante lo miró como si fuese un bicho raro—. Tu nombre, piojoso.

—Cristóbal Colón.

Pero se arrepintió al instante, cuando una porra de cuero le golpeó el parietal derecho, dolorosamente. Y se dió cuenta de que aquí las bromas estaban de más. Había que contestar y aguantar lo que quisieran echarle.

—Tu nombre, golfo —repitió el sargento.

—Patrick Fitzgerald.

—Tu profesión.

Aquí hubo una ligera duda.

—Profesor de cultura física. Ya lo vió su esbirro, cuando lo «saqué».

—Y claro, viajabas por placer, sólo que perdiste el coche-cama, porque te entretuviste en tierra, ¿no? A veces, cuando veo esto, me avergüenzo de ser irlandés.

—Yo también —respondió, descaradamente, Fitzgerald.

Pero esto le costó un nuevo porrazo.

—Bien; profesión: «vago». Mañana o pasado mañana comparecerás ante el juez. Pero te puedo decir ahora mismo la sentencia: treinta días construyendo una hermosa carretera que tenemos en proyecto. A lo mejor te gusta el trabajo y luego aceptas una plaza de barrendero municipal. En el caso —concluyó, pensativamente— de que se te ofreciera.

—Confío en encontrármelo a usted un día en un baile público,

sargento, y que vaya usted de paisano. No me va a detener su pelo blanco.

—No te preocupes por mi pelo, piojoso. Se me quedó así en la guerra, pero aún puedo darle una lección a un golfo harapiento —respondió el policía, después de que uno de sus subordinados hubo golpeado de nuevo a Fitzgerald—. Llévoslo, muchachos. No me preocuparé gran cosa si esta noche no cena ni mañana desayuna. En caso de que dijera algo al juez, sería su palabra contra la nuestra. Odio a los golfos.

Y Patrick Fitzgerald, dolorido, mojado y tiritando, pasó a una celda. Dos días después, los policías lo sacaron de allí y, en un coche celular, lo llevaron al Tribunal, donde, con otros cinco vagabundos recogidos en la calle, oyó su sentencia. Efectivamente, eran treinta días en uno de los equipos que trabajaban en la nueva ruta del Gobierno. Pero no se conformó con aquello. Al menos exteriorizó su protesta, aunque sólo le valió para que le pusieran quince días más de trabajos.

—La situación económica de esta ciudad debe ser estupenda, cuando los trabajos pesados los hacen los presos. ¿Qué dicen los sindicatos obreros a eso?

En aquel momento no le podían pegar, desde luego, pero cuando lo volvieron a la cárcel, dos policías le castigaron con bastante dureza y competencia. El caso es que, a los tres días, ya estaba trabajando en la carretera, en compañía de ladronzuelos vulgares y unos individuos de ojos fanáticos, que aseguraban ser libertadores del género humano. En realidad, sus doctrinas comunistas sólo se habían desarrollado en una dirección: la de poner unos ingeniosos artefactos de fabricación casera, cuya más curiosa particularidad consistía en estar rellenos de pólvora, en el palacio del gobernador, al cual no le gustaban los comunistas.

Con aquella carretera se trataba de cortar en dos lo que antaño fuera una reserva de indios. Había allí cerca de mil quinientos kilómetros cuadrados de bosques, pantanos, praderas y montañas. Por algunos sitios, ya habían empezado las obras de saneamiento, pero la finalidad de la carretera era acelerar aquéllas precisamente. No podían transportarse los insecticidas y máquinas desecadoras de pantanos por en medio de aquellas selvas casi vírgenes. Había que hacerlo por carretera. Y los presos estaban encargados de ello, bajo

la vigilancia de varios ingenieros y guardianes de prisiones.

No faltaba nunca la mano de obra en la ciudad. Nunca, porque era el centro de confluencia de varias carreteras importantes, y los vagabundos, principales proveedores de materia prima, caían obligatoriamente en las redes del Municipio. Aun cuando ya empezaban a colocar las señales de su código particular en los postes de entrada a la ciudad, para prevenir a sus confiados seguidores.

Y allí, con gran furia y deseos de venganza, empezó a trabajar míster Patrick Fitzgerald. Y no fué hasta el quinto día que empezó a pensar en que la vida podía ser terriblemente monótona y fastidiosa. Al séptimo día, no obstante, empezó a cambiar de opinión.

—Es completamente seguro, señor, de que nadie ha salido de la ciudad con la pieza prototipo —dijo el inspector, poniéndose en pie nerviosamente. Estos últimos días estaba bastante fastidiado.

—Si usted lo dice... —Míster Van Roosen se encogió de hombros—. Usted no quiso poner el anuncio de que se ofrecían cien mil dólares.

—Comprenda mi postura, señor. Sería como darlo a la publicidad y a los periódicos, y el Gobierno no quiere. Pero lo sabe cierto número de personas de completa confianza.

—¿Cuáles son los motivos que tiene usted para creer que la pieza no ha salido de la ciudad? —preguntó Van Roosen.

—Varios. En primer lugar, que nadie, sino las personas comunes, ha salido de aquí para dirigirse hacia cualquier otra parte de los Estados Unidos. Se ha comprobado perfectamente. Por correo podrían haberla enviado, pero cualquier empleado se hubiera extrañado del peso. Por camión, se han registrado todos los que han salido, y nada se ha podido encontrar.

Van Roosen fumó pensativamente. Ambos estaban en el despacho del cacique, y habían dado órdenes de que no les interrumpieran.

—Y ¿qué hay de mis empleados? Tenga en cuenta que pueden volver a coger algo de importancia. Procuro comportarme con todos exactamente igual que antes, pero a veces no me es posible disimular.

Burgoyne se encogió de hombros.

—Todas sus vidas han sido investigadas tan cuidadosa como perfectamente y hemos separado tres. Lamento decirle que uno de ellos es un ingeniero. Los otros son, simplemente, obreros. Lo que me hace sospechar del ingeniero es que es judío, y tenemos órdenes de vigilarlos perfectamente desde el caso de los Rosenberg.

—Sí, me acuerdo que eran judíos casi todos los que intervinieron en el asunto. Ya sé a quién se refiere, a Meyenthal. Es el único israelita que tengo aquí. Es uno de los mejores ingenieros que he tenido nunca. Y ha podido tener acceso a la cámara acorazada.

—Lo sé. Y especializado en piezas de precisión.

—Bien; procure averiguar cuál de ellos es. ¿No podrían registrar sus casas, sus amigos, en fin, todo eso?

—Podríamos, pero sería inútil. Lo único que podemos hacer por ahora es vigilarlos. Ni uno solo de sus movimientos escapa a nuestros muchachos.

—Espero que sea así.

—La pieza ésa, el prototipo, ¿era necesaria para la fabricación?

—En realidad, no. Ya se fabrica en serie. Lo que ocurre es que se conservaba en platino, para evitar que su estructura sufriese alguna modificación con el clima, y, en realidad, como modelo. Ya sabe usted lo que ocurre con la fabricación en serie de cualquier objeto que sea: que llega un momento en que hay que revisar nuevamente las medidas. A pesar de que se empleen los mejores aceros que puedan encontrarse. Esto, al menos, es lo que dicen los directores de la fábrica. Para eso se tenía el prototipo, fundido en platino. Y aun cuando no fuera porque vale mucho como pieza de medida, lo sería por la sencilla razón de que su peso es de dos kilogramos de platino químicamente puro.

—Ya —dijo el inspector—. Y si cae en otras manos, como, por ejemplo, las de algunos de los países de detrás de la cortina de acero, ellos podrían...

—Indudablemente. Ellos podrían fabricar entonces una cosa que hasta ahora creemos se les ha resistido: el molde completo para el vaciado de las pilas atómicas. Las rusas, si es que lo tienen, han de ser mucho más rústicas que las nuestras.

—Esta mañana he recibido órdenes de Washington, señor —dijo Burgoyne—. Envían para aquí siete agentes y material de laboratorio nuevo. Creo que podremos seguir la pista a la dichosa

pieza.

—Así lo espero. Por cierto, que mi hija me ha dicho que le dejaría a usted una entrada para la ópera, en su palco, para oír mañana los chillidos de Angélica. Para mí es un misterio el cómo sigo pagando ese abono de palco.

Burgoyne tuvo un rasgo malicioso:

—Porque su hija así lo quiere, señor. Creo que iré con mucho gusto.

Y mientras Angélica Tormendi, ruidosamente secundada por Giacomo Palasto, iba enhebrando pieza tras pieza de «Don Juan», un hombre, rendido por un trabajo al que no estaba acostumbrado en manera alguna, se tiraba sobre su camastro, en la cárcel de la misma ciudad, con ganas de matar a mil policías y cinco jueces o, al menos, de apoyar sobre sus aposentaderas la punta de su bota. Pero para no demostrarlo, silbaba con la mayor apariencia de alegría que podía encontrar, la «Matinata», de Leoncavallo.

### III

## ALGO QUE BRILLA EN EL BARRO



UN siendo mediodía, hacía bastante frío, porque de la cercana serranía llegaba un viento helado por los ventisqueros de los puertos naturales. Sólo que trabajando de aquella manera, no había modo de sentir frío. Lo peor fué cuando dieron para comer la aguachenta sopa con firlapos de carne sobrenadando en ella.

Patrick Fitzgerald miró su plato, en el que habían echado aquella porquería y luego se dirigió hacia el guardián:

—Durante la guerra estuve cerca de la Legión Extranjera francesa, en África, si es que sabe usted dónde está eso, y, a pesar

de la fama que tiene ese Cuerpo, vi que su comida era algo así como quince mil veces mejor que ésta. Saque usted su correspondiente corolario.

—Pues tírela y pida jamón y pavo. En seguida se lo traerán —y el guardián le enseñaba su porra significativamente.

En vista de lo cual, y como mister Patrick Fitzgerald tenía bastante hambre y una naturaleza robusta, empezó a comer.

Estaban bastante internados en el bosque, y mientras unas cinco o seis cuadrillas derribaban árboles y destocoaban el terreno, otras seis aplanaban con «*bulldozers*» y quitaban las grandes piedras con perforadoras mecánicas. En realidad, los guardianes no tenían gran cosa que vigilar, porque habían dado a los presos unos uniformes grises, de color ratón, y con eso no podrían ir a ninguna parte. Tenían, pues, cierta libertad de movimientos. Además, sabían que había perros bastante feroces, especializados en la captura de fugados, por lo cual hasta ahora nadie había deseado un mordisco de un perro a cambio de no cumplir un mes de trabajos.

Densas acumulaciones grises se cernían sobre el bosque y todos los presos tiritaban, mientras los guardianes, bien abrigados con capotes gruesos, fumaban interminablemente o se contaban chistes. La vida así, decidió Barry Fitzgerald, era bastante aburrida. Incluso consideró por algunos momentos la idea de afrontar las armas de los guardianes y los colmillos de los presos. Pero desistió con un movimiento de cabeza, mientras terminaba su asquerosa pitanza.

Se oyó un ruido como si de pronto se hubiera desencadenado la tormenta que se esperaba, pero esta vez aquélla era puramente terrestre. Los detenidos que trabajaban ya en el centro de la carretera, para quitarse el frío, se apartaron lanzando alaridos, mientras los guardianes cacareaban como gallinas ponedoras. Un enorme «Buick» de color azul eléctrico acababa de doblar el recodo y se precipitó sobre ellos como un milano sobre una bandada de palomas, mientras los presos se desparramaban, tirándose de cabeza a las cunetas. No obstante, y a pesar del frenazo del conductor, estuvo a punto de aplastar a un pobre preso, un viejo alcohólico que pasaba más tiempo trabajando gratis para el Municipio que para sí mismo.

Dos guardianes corrieron como centellas hacia el coche, que se mecía suavemente sobre sus ballestas aún, a causa de la brusca

parada, mientras otros cinco o seis levantaban sus carabinas para mantener a raya a los presos.

—¡Qué demonios encarnados...! —gritó uno de los guardianes—. ¿Dónde se han creído que van por aquí?

—¡Atiza, si no hay más carretera! —clamó una voz alcohólica desde dentro del coche—. ¡Pues estamos lucidos, os digo que estamos lucidos! ¡Palabra que sí!

Y el dueño de la voz se echó a reír alegremente, siendo coreado al momento por los demás «habitantes» del vehículo. Luego, uno de ellos rompió a maullar competentemente.

Los guardianes ya no dudaron más. Uno de ellos abrió la portezuela y, metiendo la mano dentro, tiró con brusquedad. Un cuerpo humano salió, colgando casi al extremo de su brazo, y cayó al suelo cuando le soltó. Era una muchacha.

El guardián se echó atrás, pero no tan rápidamente como para evitar la patada de la joven. Alcanzado en el vientre, se tambaleó, mientras los demás corrían en su auxilio.

La joven. —Fitzgerald podía ver ahora que era una chiquilla de poco más de dieciséis o dieciocho años— se puso de rodillas. Y fué entonces cuando empezaron a salir personas de ambos sexos del interior del vehículo. El mismo que había roto a maullar se puso en cómica y un tanto inestable postura de boxeador. Pero ya no era necesario nada de aquello.

—¡Cristo! —exclamó el guardián—. ¡Cristo! —repitió, como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Y luego, más bajo, añadió—: ¡Santo Dios!

—*Miss Van Roosen* —murmuró otro.

Y diez manos se tendieron para ayudarla a levantarse. Ella, olímpicamente, los rechazó y se puso en pie. También pudo observar Fitzgerald que estaba bastante bebida. Patrick se había acercado y miraba ahora la sonrosada cara de la criá, a menos de diez pies.

*Miss Van Roosen* contempló uno a uno a los guardianes, mientras sus compañeros masculinos parecían decididos a dar la batalla, pero ella los contuvo.

—Quietos, camaradas —dijo, con voz ceceante—. Yo les daré su merecido a estos sicarios. Malditos sicarios, eso es lo que son.

—Nos han robado la carretera —asintió otro de sus

acompañantes—. Y tendrán que devolvérsela, eso es. ¡Que nos devuelvan la carretera!

El mayor de todos ellos no pasaría de veinte años, pero los guardianes los habían visto muchas veces en las revistas ilustradas. Todos eran hijos de «alguien» en la ciudad.

—Estamos construyendo una carretera —dijo el jefe de los guardianes, un cincuentón que temblaba como una hoja ante la mirada de la chiquilla Van Roosen—. No sabíamos... Señorita, por Dios, no quiso hacer eso mi hombre... Lo despediré.

El amenazado casi se puso de rodillas.

—No, por Dios. Tengo cuatro hijos. Cuatro hijos pequeños. Le pediré perdón, *miss* Van Roosen, de rodillas si es preciso. Mis cuatro hijitos...

Y se dispuso a cumplir lo que decía. Es duro encontrarse sin empleo en una ciudad superpoblada. Fitzgerald no pudo aguantar más. Hay que tener en cuenta que era el mismo guardián que le había amenazado cuando hacía un rato se quejara de la comida.

—¡De rodillas ante el poder, grandísimo marrano! ¡Pide perdón y lámele el zapato! ¡Hala! —le gritó.

Otro de los guardianes le dió con la porra detrás de la oreja y Pat cayó al suelo. Pero no por eso dejó de agregar:

—¡Vamos, cerdo, a lamerle los zapatos!

La chiquilla miró la escena un instante, y pareció librarse momentáneamente de los vapores alcohólicos que nublaban su cerebro. Miró a Pat y se acercó a él, ignorando al arrodillado guardián.

—¿Le ha hecho daño? —preguntó—. También se lo diré a mi padre. Él no sabe esto, pero los meterá en cintura. Ya lo verá.

Y haciendo una seña a sus acompañantes, se metió en el «autos». Instantáneamente, los guardianes ayudaron a la maniobra, bañados en sudor frió. Cuando el «Buick» desapareció, el jefe de los guardianes miró a todos ellos.

—Recordadlo bien —dijo, con voz temblorosa—. Estaba bebida y nos insultó. Nadie sabía quién era...

Pat se puso en pie con lentitud.

—Recuerde que la han nombrado —dijo, claramente—. Y ella lo recordará. No sé quién será, pero a juzgar por lo que ha pasado, es «alguien». No quisiera verme en sus zapatos, amigos —agregó.

Y esta vez nadie le pegó.

Dos días más tarde lo pusieron en trabajos mucho más fáciles, y él sonrió para sí. Era muy probable, pensó, que lo «licenciaran» antes de que terminase su sentencia. Estaban poseídos de un miedo espantoso.

Esa tarde había estado lloviendo, y ahora, un sol anémico hacía brillar los charcos en el suelo. Un día perro, vamos. Pat se alejó un poco para comerse un bocadillo que le había proporcionado uno de los guardianes y se sentó cerca de uno de los árboles derribados. Comió el emparedado de jamón rápida y hambrientamente y luego encendió el único y arrugado cigarrillo que le quedaba. Fué entonces cuando, al ocultarse de nuevo el sol. Vio brillar aquello.

Tanto podía ser un clavo viejo como una lata de conservas arrojada por alguien, pero como estaba tan cerca, no puso ningún freno a la lógica curiosidad que nos lleva a enterarnos de qué es todo aquello cuya verdadera naturaleza ignoramos. Así, pues, se levantó y se acercó al brillo.

Al destacoñar un árbol derribado, había quedado un gran hueco. Pues en uno de los lados de ese embudo estaba aquello. Levantó un poco la tierra alrededor del objeto y descubrió éste por entero.

Una de las pocas cosas que no había sido Patrick Fitzgerald en el curso de su asendereada existencia era mecánico, aun cuando sabía conducir cualquier clase de chisme que tuviese cuatro ruedas y un motor. Pero no conocía, en absoluto, lo que acababa de coger entre sus manos.

Una pieza de metal brillante, que podía ser acero cromado, con una serie de resaltes de distintos tamaños y una ranura en uno de sus lados, como los pistones de los coches. Parecía que aquello habría de acoplarse a alguna otra cosa.

La «cosa» estaba llena de barro por las recientes lluvias. Seguramente que alguien había dejado caer tierra encima al destacoñar un árbol derribado. Pero el obrero que fuese no lo había visto.

La limpió un poco con su ya sucio pañuelo y vio que la humedad no lo había oxidado. Eso le sorprendió. Incluso los buenos aceros cambian de color cuando están sometidos a la acción del oxígeno, bien en el agua o en el aire. Éste no. Brillaba. Pero... su brillo no era ese metálico del acero, sino más mate. Aquello podía ser plata.

Y pesaba bastante.

«Que me ahorquen —se dijo—. Bueno, ya me enteraré. Mira que si fuese de plata... Algo podría sacar para cuando me licenciasen».

Sólo había una manera de ocultarlo a los ojos de los vigilantes: Envolverlo en su chaqueta y procurar llevarlo así hasta que, a la noche, regresasen a la cárcel.

A la caída de la tarde, montaron en los camiones que habían de conducirlos a la prisión. El trato con los presos se había dulcificado extraordinariamente desde que dos días antes la señorita Van Roosen llegase al campamento, de manera que ninguno de ellos fué registrado.

La caravana de camiones y «*bulldozers*» se cruzó con un autito, de evidente confección europea, que ascendía por la carretera numerada del Estado, pero ni uno solo de aquellos hombres dió importancia alguna al conductor, un hombre de nariz aguileña y ojos ligeramente caídos en las comisuras y de alta e inteligente frente. Poco después llegaban a la ciudad y a la cárcel.

Y, exactamente a las nueve en punto de la noche, cuando iban a pedir silencio en las celdas, un «Rolls Royce» modelo 1950 frenó suave y silenciosamente delante del edificio de la prisión del Estado. El guardián de la puerta abrió ésta precipitadamente, tocando el timbre que comunicaba directamente con el cuerpo de guardia y que servía también para llamar al alcaide. Apenas el coche traspasara la alta verja, cuando ya el funcionario superior acudía a toda prisa. Aquella llamada sólo podía ser una cosa en la ciudad: Van Roosen.

Y Van Roosen era. Majestuosamente, vestido de rigurosa etiqueta, con sombrero de siete reflejos e inmaculados guantes grises de cabritilla, pasó al despacho del alcaide, el cual aparecía doblado casi en ángulo recto. La cara del descendiente de holandeses estaba seria, un poco sombría, y recordaba a aquellos piratas flamencos que llegaron a ocupar casi todo el Pacífico meridional. Lo que no sabía el alcaide es que aquella cara la ponía siempre, invariablemente, cuando iba a hablar con personas de inferior posición social. Cuando dicha persona reaccionaba virilmente, no había ninguna duda de que llegarla lejos apoyada por Van Roosen. Le gustaban los hombres enérgicos e independientes.

Hendrick van Roosen tomó asiento en el propio sillón del alcaide

y se quedó observando a éste.

—Mi querido Rogers —dijo fríamente—. Me he enterado de algo.

—Sí, señor... —dijo el otro, aterrorizado ya.

—No asienta antes de saber de qué se trata. Al grano. Varios de sus hombres han humillado a mi hija cuando ésta iba acompañada por algunas de sus amistades. Quiero una lista completa de esos hombres.

—Sí..., sí, señor —dijo el alcaide, ciego de terror. También él tenía hijos. Y no era cosa de decirle a Van Roosen que su hija estaba ebria aquel día. Seguramente que se pondría muy furioso si alguien lo insinuaba siquiera.

—Y, otra cosa. Mi hija me ha acompañado en el coche. Quiere ver a uno de los presos. Dice que fué golpeado hasta caer al suelo.

—S-s-s-i..., s-s-s-í, señor.

Cinco minutos después, Madelon van Roosen estaba en el despacho del alcalde también, frunciendo muy delicadamente la aristocrática nariz, en un intento en parecerse a alguna indeterminada artista cinematográfica. Y un despeinado y no demasiado limpio Patrick Fitzgerald ante ellos.

—Se me ha dicho que fué usted golpeado por los guardianes —dijo Hendrick, entrando derechamente al grano—. ¿Qué hizo usted para ello? ¿Y qué para que lo arrestasen?

—Nada —respondió Patrick, observando que la chica, sin barro y sin alcohol, resultaba bastante atractiva.

—No bromeé, joven.

—Me arrestaron por eso, por no hacer nada. Si hubiese estado vendiendo heladoras o algo así, no me hubieran arrestado. ¿Quién es usted, si es que se puede preguntar?

—Habla con respeto —farfulló el alcalde, espantado—. Es míster Van Roosen, vagabundo.

—Ah, ya. El dueño de todo. Me han informado de algo ahí dentro, en las celdas. Ya me parecía que la señorita era «alguien» por la manera como se comportó el otro día. Me pegaron, señor, porque me sublevó lo serviles que podían ser unos hombres que un momento antes nos habían estado dando de palos y matándonos de hambre. A propósito, señor: el Municipio podía dar un poco de comer de vez en cuando a los presos. Si es que quieren que

trabajen, entiéndame.

—No se le ha pedido que haga una crítica de la ciudad —dijo Van Roosen secamente—. Vagabundo ¿eh?

—Sí, señor. Vagabundo es el que va por los caminos. Pero si lleva buena ropa se le llama excursionista o tipo que hace «auto-stop». Depende del punto de vista.

—Está prohibido el vagabundeo en el municipio —dijo Van Roosen, mordiéndose los labios—. Pero creo que a usted se le puede soltar. No parece de los que roban gallinas.

—No; pero pegué a un guardia. Le di a gusto, créalo. Tienen la discutible costumbre de sacudir primero y preguntar después.

—Sáquenlo de aquí —dijo Van Roosen.

—Por lo menos, desde aquel día me trataron mejor —observó aún Fitzgerald, dirigiéndose a la joven. Ésta le hizo un rápido gesto y se llevó una mano a los labios, como pidiendo silencio. Luego, se lo llevaron. Madelon van Roosen se inclinó a su padre y le dijo algo en voz baja. El viejo la miró con asombro, enarcó las cejas y luego se volvió al alcaide.

—Suelte a ese hombre, Rogers. Ahora mismo, y olvidaré el asunto. Recuerde también que hace unos años, un periodista se disfrazó de sin trabajo y se vino aquí para estudiar nuestra situación penal. No podemos consentir que vuelva a suceder. ¿No se ha dado cuenta ninguno de ustedes que ese hombre no habla como lo hacen los demás vagabundos? Si es otro maldito periodista, Rogers, algunos de ustedes van a saltar de su puesto. Recuérdelo. Hay que procurar que se olvide esto cuanto antes.

Y diez minutos después, Fitzgerald se encontraba en la calle. Una ligera lluvia, alternando con ráfagas huracanadas, empezaba a mojar el asfalto. Se subió el cuello de la chaqueta y apretó contra sí el objeto que había encontrado en el campo.

«A buscar alguien que me diga si es o no plata —se dijo—. Hala, Pat, el mundo es tuyo. Hay que encontrar un empleo para Invernar. Bendita sea la borrachera de la disoluta hija de Van Roosen. Me ha librado de más de un mes de trabajos forzados».

Pero antes de que hubiera dado dos pasos, un coche se puso a su altura. Era un «Rolls» imponente o nada entendía él de coches. Una mano salió por la ventana y le hizo señas de que se dirigiera hacia el vehículo.

—¿Yo? —preguntó, asombrado—. Caramba, esto sólo ocurre en los cuentos de hadas. Me siento como la Cenicienta.

Pero no era hombre capaz de permanecer mucho tiempo asombrado. Se acercó al auto y vio cómo la portezuela se abría para que pasase. Y pasó.

Dentro había dos mujeres. Una de ellas ya le era conocida, pero la otra... A la otra la había visto una sola vez y desde la galería de un teatro en Cincinnati. No podía equivocarse, porque las facciones de la «prima dona» se le habían quedado clavadas durante muchos días en la mente. Aun ahora, con la poca luz del interior del coche, la reconoció.

—Gracias por no haber dicho nada a mi padre —dijo la joven Van Roosen—. Por un momento creí que iba a decir que yo... había bebido demasiado. Es que estuvimos en una fiesta y...

—La hija de Van Roosen no tiene que disculparse por nada —dijo alegremente Fitzgerald—. Por nada, absolutamente por nada. No dije eso, porque ni siquiera me acordaba de ello, se lo aseguro.

—¿No vive usted en la ciudad? —preguntó Madelon, aliviada.

—No vivía. Ahora, sí; ahora voy a vivir en ella algún tiempo. Mientras dure el invierno. Buscaré un empleo. Y ahorraré para poder ir a escuchar a Angélica Tormendi, si es que hay ópera en esta ciudad —agregó, volviéndose hacia la cantante y sonriendo—. ¿La hay?

—Sí —dijo impaciente Madelon—. La hay. Señor...

—Fitzgerald, Patrick Fitzgerald, al que le gusta la buena música y las cantantes bonitas. Y la tarta de manzanas.

—Señor Fitzgerald, ¿cuánto dinero necesitaría usted para olvidar «por completo» lo que ocurrió aquella tarde?

Pat se sorprendió, aun cuando no lo dio a entender. Ya veía venir el golpe.

—Hay otros que lo vieron también.

—Ninguno de ellos se atreverá a decir una sola palabra. Los aplastaría como a pulgas.

—Le voy a decir una cosa, señorita Van Roosen. No crea que me voy a poner a decirle, con una mano en el corazón, que no se preocupe y que su secreto (después de todo no es tan escandaloso) moriría conmigo. Y que guardase usted su dinero. No. Lo que haré será decirle esto: No quiero su dinero. Quiero quedarme con lo que

supe, ya que parece que es tan importante para usted. «Quién sabe»[3]. Quizá algún día pueda servirme mucho. Adiós. Señorita Tormendi, ¿cuándo canta usted?

—Mañana —dijo ella instantáneamente. No había dejado de mirarle en todo el tiempo, de aquella manera franca, interrogativa casi, con que miraba a todos los desconocidos que la interesaban. Patrick Fitzgerald medía seis pies y, aun cuando su misma madre no hubiese podido decir que era guapo, su cara resultaba atractiva. Quizá por el despeinado y fino pelo rubio, o por la cuadrada mandíbula irlandesa. O quizá por el brillo verdoso de sus pupilas, rodeadas de largas pestañas oscuras.

—Procuraré ir a la ópera. Aun cuando tenga que entrar por una ventana o por el sótano.

Y se bajó del automóvil. Madelon van Roosen apretó los puños y pareció por un momento que iba a lanzarse tras de él, pero Angélica la cogió del brazo.

—Quieta, querida. Creo que nada debes temer de él —dijo sonriendo afectuosamente.



¿CONOCE USTED

### NOVELISTAS DE HOY?

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.*

**¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!**

## IV

### EL LADRON



L hombre se detuvo ante el agujero, lívido, completamente aterrado. Era allí, no podía haber la menor duda de ello. A diez pasos de aquel árbol de retorcido tronco y de proporciones gigantescas, que había sido respetado por las segues para, bajo su fronda, poner un puesto de «Coca-Cola»

en verano, como lo había pedido la casa fabricante del refresco.

Allí, cerca de un tronco robusto, había escondido «aquello». ¿Cuántos días hacía? Ni se acordaba siquiera. Parecía que una escoba hubiese barrido todos sus pensamientos para no dejar en su

mente más que la aterradora idea. Había desaparecido. Alguien había encontrado el prototipo.

Un momento después estaba arrodillado ante el hoyo, cavando vesánicamente con las manos, con los pies, esparciendo el barro por todas partes. Nada. Se incorporó, mirando estúpidamente al hoyo, y luego paseó la vista alrededor. Poco a poco, las ideas fueron fluyendo a su mente de nuevo. ¿La Policía? No; le hubieran detenido. Estarían por allí, esperando a que viniese el ladrón para cogerlo cuando intentase recuperar la pieza. Alguien...

Lenta, cansadamente, regresó hasta el cochecito, a la manera como esos novios que, a pesar de saber positivamente que la muchacha no acudirá a la cita, siguen esperando, y, cuando se marchan, aun van volviendo la cabeza por si acaso ella llega retrasada.

Hasta que no estuvo sentado en el interior del vehículo y puso éste en marcha no pudo pensar con claridad. El era un hombre inteligente y estaba acostumbrado a la meditación, como casi todos los de su raza. Pensaba normalmente, con claridad. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, consiguió despejar el torpor mental. Por allí no iba nadie casi nunca. Algunas veces, en verano y en otoño, grupos de cazadores de jabalíes e incluso de osos, que abundaban en la montaña. También se había señalado la presencia de lince meridionales. Si acaso, algunos jóvenes atrevidos, que hacían una excursión al lago Tokobee y a las cascadas del «Injun».

Pero, con la construcción de la nueva carretera, él mismo había visto más de cincuenta trabajadores que le parecieron presos. Sí, antes, un momento antes. Uno de los guardianes o un preso había cogido el chisme. A la mañana siguiente saldría de dudas. Si lo habían entregado a la Policía, él se enteraría en seguida. Y si no, era que alguien lo guardaba con otros fines. Y entonces..., entonces se le ocurrió la segunda idea. Una idea nada descabellada. Sus manos empezaron a temblar violentamente sobre el volante, tan violentamente, que casi se metió en la cuneta.

En la primera droguería que encontró a su paso, se metió en la cabina telefónica y marcó un número de un sector alejado de la ciudad. Aun cuando tardaron en coger el aparato, él no volvió a llamar. Por fin, una voz cautelosa dijo:

—Hola.

—Tengo que verlo a usted —dijo el hombre—. Esta misma noche. No, no; ya sé que está usted muy ocupado, pero tengo que verlo. Es imprescindible... No, no puedo explicárselo por teléfono. Donde siempre.

Colgó y se secó el sudor que le corría frente abajo. Luego volvió a subir a su coche y se dirigió hasta el primer bar. Allí se bebió dos dobles de «*whisky*» seguidos y permaneció hasta que empezaron a hacerle efecto, ya que él apenas bebía por lo común.

Luego se dirigió hacia el parque. Al lado del lago aparcó el coche y se sentó en uno de los bancos, mojados por la lluvia, levantándose el cuello del gabán para protegerse del frío.

Apenas le oyó llegar. Fué tan silencioso, que el hombre se asustó y dió un respingo.

—¡Ah! —dijo—. Es usted. Venga.

Aquella sombra negra se sentó a su lado. Llevaba un gabán muy oscuro, azul o negro, y llevaba las manos en los bolsillos. Un sombrero, también oscuro, cubría la parte superior de su cabeza. No se veía nada de su rostro.

Los dos «*whiskies*» dobles lo habían dotado de un valor extraordinario. Materialmente se echó encima del otro.

—Si es una de sus triquiñuelas, no le va a valer... —le dijo rabiosamente—. Si es usted el que lo ha hecho...

—Está usted borracho —dijo el otro despreciativamente—. ¿Cree que no tengo otra cosa que hacer que citarme con borrachos en un parque público? ¿Qué le pasa?

—Ha desaparecido.

—¡Qué! —Había una nota de amenaza en la voz del otro. Pero no mucho. Parecía que aún no le había llegado demasiado profundo la noticia.

—¡Que ha desaparecido! —Casi chilló el otro—. ¡Que se lo han llevado!

Hubo un momento de silencio. Esta vez la voz sí que era francamente peligrosa.

—Recuerde, Meyenthal, que su hijita responde de todas las tonterías que se le puedan ocurrir a usted. Recuérdelo y repórtese. No me va a engañar con truquitos. No quiero perder la paciencia... todavía.

—¡Pero si le estoy diciendo la verdad! ¡Ha desaparecido!

¡Alguien la ha cogido! Yo...

—¿Dónde la guardaba, maldito estúpido? ¿Dónde? —Había cogido a Meyenthal y lo sacudía fieramente.

—En el bosque... —sollozó—. Están construyendo una carretera y... alguien, alguno de los trabajadores, debió encontrarla. ¡Se la han llevado!

—¡Imbécil de los demonios! Entérese. Meyenthal. Esto le costará la vida a su hija. Tiene que encontrarla. ¡Nunca debí fiarme de un judío maldito! ¡Encuéntremela, Meyenthal, o por Satanás que daré las órdenes para...!

Los sollozos ahogaban a Meyenthal. Se había cogido al otro y gemía ininterrumpidamente.

—¡Mi hijita, no! No pueden ustedes hacerme eso a mí. Mi hijita, no. Yo me presentaría allí y lo diría, pero mi niñita...

—¡Sería muy cómodo matarlo a usted, imbécil! Pero si sabe que a su hija la torturarán..., encontrará la pieza. ¡Déjeme en paz! Y recuerde: si lo cazan y dice una sola palabra... Recuerde a Ruth.

Luego, antes de que aquel andrajo humano pudiera retenerlo, se escapó casi corriendo, hasta llegar al camino principal. Lo último que Meyenthal pudo ver fué la trasera del automóvil y los dos pilotes rojos de éste.

Con la cabeza caída sobre el pecho, Meyenthal se encaminó hacia su cochecito y se metió en él. Empezaba a llover de nuevo. Encendió la luz del salpicadero y permaneció quieto durante unos instantes. Luego, casi súbitamente, dejó de sollozar e irguió la cabeza.

—Por mi hija —dijo—. Por mi hija. Bien sabe Dios que por ninguna otra cosa traicionaría al país que me acogió.

Y puso en marcha el coche, dirigiéndolo hacia su casa, en la calle de Belsan. Y mientras conducía, desterrando todo lo que no fuera el asunto en que estaba ocupado, estuvo pensando furiosamente.

David Meyenthal había nacido en la frontera germano-polaca, pero hubo de marcharse por las persecuciones raciales, en 1935. Mas su mujer, una esclava muy apegada a su tierra, no quiso seguirle, diciéndole que más tarde lo haría, una vez que hubiese dado a luz. Pero ya no pudo. Como mujer de un ingeniero huido, los alemanes la detuvieron y la llevaron a un campo de

concentración, tratándola mejor que a otros prisioneros, debido a su avanzado estado de maternidad. Pero no pudo volver al lado de su marido. Cuando empezó la guerra, fué una de las primeras víctimas de los campos de concentración. Pero consiguió enviar a su niñita con unos parientes a Cracovia.

Luego, la organización aliada logró identificar a la niña, pero un vagón entero de pequeñuelos desplazados fué enviado a Rusia, sin que Inglaterra y los Estados Unidos pudieran impedirlo. Entre ellos iba Ruth Meyenthal. A su debido tiempo, su padre, distinguido ingeniero en una fábrica norteamericana, fué informado de ello, así como de que también su hija podría padecer mucho si su padre no ayudaba a la «justa causa». Es decir, una causa que no vacilaba en utilizar como cebo a una niña de trece años para obligar a su padre a ser un traidor a la nación que lo admitió cuando, huido, buscaba asilo. Muy justa.

Una noche, Meyenthal recibió una visita. Un hombre embozado en el cuello muy alto de un gabán, con el sombrero calado y un pañuelo puesto sobre la cara. Aquel hombre le dijo lo que quería lisa y llanamente. Ayuda de toda la clase que se le pidiera. De lo contrario...

Y en otra visita, en el parque, igualmente embozado, le pidió la pieza prototipo para el vaciado de las pilas electrónicas. Una pieza a la cual le costaría llegar hasta ella por lo menos seis meses. Y, con el pensamiento puesto en aquella hija a la que no conocía, robó. Y ahora... Apretó los dientes en una mueca salvaje... Mataría si era preciso para que su hija no sufriese.

Por otra parte, su inteligencia le decía que quizá no fuese necesario matar a alguien para conseguir aquello. Bastaba con hacer una especie de selección. Y los primeros que debían ser sometidos a esa selección eran los presos que trabajaban en la construcción de la carretera. Ahora que... ¿cómo?

A la puerta de su casa había un coche parado cuando él llegó. De ese coche descendió un hombre que se acercó a él pisando silenciosamente sobre sus suelas de goma.

—Míster Meyenthal, ¿verdad? —preguntó—. Quisiéramos hablar un momento con usted, si no le molesta. Somos del Departamento Federal de Investigación. Del  
F. B. I.

—No, no lo quiero —dijo el hombre, apartando el objeto con impaciencia—. Ya lo sé que es de plata, pero no me interesa. Ese metal, amigo, sobra. Otra cosa sería si fuese de oro. ¿Qué es?

—Si fuese de oro, no la traería a usted. Y en cuanto a lo que es, se trata de un invento mío. Me lo pongo en la cabeza, me subo en una banqueta y me estoy media hora diaria quieto en la misma postura, sin moverme. Una especie de Yogui, si es que usted me entiende. Propiedades curativas y todo lo demás.

El hombre dió un bufido, y Fitzgerald salió a la calle sin perder el humor. Ya encontraría otra cosa. Había metido el objeto en una recia bolsa de papel y lo llevaba bajo el brazo. Se imponía encontrar cinco dólares en seguida, porque aquella misma noche había ópera. Es decir, habría Angélica Tormendi, y él estaba más que dispuesto a verla. Pero, de momento, había algo más importante: comer. Tenía hambre, canastos, porque desde el día anterior nada había entrado en su cuerpo fuera de un plátano cubano que cogió del almacén cuando nadie lo veía. Y un plátano es muy poco para un irlandés, reflexionó.

Había un restaurante muy cerca de allí. Con su bolsa bajo el brazo, penetró en él, cogió un plato y se sirvió una generosa ración de macarrones, con abundancia de queso molido por encima. Puso luego un pollito entero, asado, encima de la pasta, y se dirigió al mostrador para consumirlo. Lo cual no le llevó más que un cuarto de hora escaso. Al terminar, pidió al camarero que fuese a buscar al encargado. No es necesario decir lo que piensa un camarero cuando un parroquiano pide la presencia del encargado después de que ha comido con demasiado apetito y además lleva una ropa vieja y rota.

Por tanto, el encargado se presentó con el ejecutor de altas órdenes, es decir, con un mocetón de aspecto achulado, de brazos y cuello de toro. Fitzgerald lo calibró mentalmente y calculó las posibilidades que tendría de sobrevivir si la pelea se llevaba a cabo. Nulas, desde luego.

—¿Qué desea? ¿No estaba buena la comida? —preguntó el encargado secamente.

—Nada de eso. Yo, que se puede decir he recorrido los siete mares, pocas veces he comido mejor. Y estuve en Francia, lo cual ya es decir. Si, decididamente, la comida me ha gustado.

—Pues entonces, pague y lárguese. ¿Qué quiere?

—Primero de todo, hablar con usted a solas, si es posible, para proponerle un negocio, y...

—No hago negocios. Pague el «*ticket*» y váyase. No quiero escándalos en mi casa; pero si no paga, lo echaré a patadas. Mi encargado es muy capaz de partirle un hueso.

Pomposamente, Fitzgerald sacó la pieza de su bolsa de papel.

—Mire —dijo—. Plata. Más plata de la que ha visto usted en su vida. El «*ticket*» valía un dólar veinticinco. Pues me da usted hasta cinco dólares, y quedamos en paz. Cinco dólares por esto es regalarlo.

Brillaron de furia los ojos del hombre.

—¿No me paga? Déjese de tonterías y suelte la pasta. ¡Vamos!

Pat vió que el ayudante del encargado venía hacia él y se puso en pie.

—Si me toca —advirtió en voz alta—, le estrello esto en la cabeza. No se le ocurra ponerme la mano encima.

Y esgrimió el pesado bloque que tenía en la mano. Varios clientes se volvieron hacia ellos con curiosidad, y el encargado empezó a ponerse nervioso.

—Si intentan algo contra mí, me pondré a dar voces de que han querido envenenarme con sus «macarrón» —dijo Fitzgerald en voz más baja—. Y me encargaré de hacer llegar a la Oficina de Higiene la noticia de que he visto escupitajos en el suelo. Y que no limpian bien el mostrador. Cualquiera podría coger algo aquí. Una enfermedad.

El patrón empezó a transpirar. Esas cosas, aun cuando se demuestre su falsedad, no ayudan para nada a la fama de un restaurante.

—Venga —dijo.

—Si piensa que me va a llevar a su oficina para poder hacer que me pegue una paliza ese gorila, está completamente equivocado —le avisó Fitzgerald volviendo a subir el tono—. Le propongo un negocio.

El otro suspiró resignadamente.

—No le haré nada. Pero no podemos seguir aquí.

Y en su pequeña oficina, en la que entraron ambos, el patrón cogió de manos de Fitzgerald aquel objeto tan raro.

—Hace usted un buen negocio —le informó el irlandés—. Podría

usted fundirlo, ahora que la plata está tan escasa, y hacerle un collar a su mujer. Pero no. Dentro de unos días vendré con los cinco dólares y me lo volveré a llevar. Creo que me está dando suerte. Es la primera vez que logro escaparme de un sitio sin pagar y sin haber tenido que correr. Con la cabeza muy alta me voy de aquí.

—Sí, ¡váyase! —gritó exasperado el otro—. No quiero su plata. Quiero ese dólar veinticinco y los tres setenta y cinco que se me lleva.

—Volveré cargado de riquezas.

Y se marchó para sacar la localidad para la ópera.

Fitzgerald hubiera podido ser músico si no fuese tan vagabundo y amigo de no permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Sentía la música profundamente y era lo único que podía tenerlo tranquilo y no hacer diabluras.

Angélica Tormendi cantó normalmente, pero a Pat le pareció que estaba escuchando una balada irlandesa entonada por un coro de ángeles. De la Tormendi se había dicho una vez que era la voz más dulce existente en la actualidad en todo el mundo. Y Fitzgerald estaba dispuesto a jugarse el cuello a que eso era cierto.

Pero también se dió cuenta de que el «*partenaire*» de la joven hacía todo lo posible por apagar con la suya aquella voz celestial. Y eso le produjo un disgusto que no trató siquiera de ocultar. En los Estados Unidos —casi no necesito decirlo— no existe, como en Europa, ese público de las localidades elevadas y baratas, los estudiantes pobres, los verdaderos conocedores, que son, en realidad, los que hacen que una obra recién estrenada pueda pasar a la posteridad; esos viejos de mal genio que van siguiendo la partitura con el libreto en la mano y que patean si algún instrumento desentona o si el director, por ser la obra poco conocida, se salta alguna «arietta»; no, no existen, por lo que Fitzgerald se encontraba casi solo en las localidades altas. Eso sí. Todo el patio estaba relleno de trajes de etiqueta y vestidos de noche femeninos.

Por eso, cuando Angélica llegó a la fantasía, en ese dúo maravilloso en el cual ambos deben ayudarse mutuamente para conseguir el aplauso sincero, Fitzgerald empezó a dar patadas en el suelo. Luego, como gozaba de una potente voz, que había educado convenientemente cuando había de vender productos por las calles,

dominando las preguntas y gritos de los compradores, se inclinó sobre la barandilla y aulló:

—¡Más bajo, miserable! ¡No gruñas como un cerdo! ¡Rebuznas!

Y él mismo ofreció a la sala la copia fiel de cómo un burro corearía la parte masculina del dúo. Una batería de prismáticos se enfocó sobre él y varias personas se pusieron en pie curiosamente. Pero los que estaban con él en la galería empezaron a acompañarle en sus rebuznos, pidiendo la suspensión de la obra y que volviese a comenzar el dúo. Nada más justo. Habían pagado poco, pero habían pagado.

Fué inútil que la claqué, mal dirigida, aplaudiese para apagar las manifestaciones asnales. Una columna de acomodadores se dirigió hacia la galería, donde los disidentes se apelotonaban para defenderse.

Claro, allí acabó la representación. Varios policías aparecieron como por encanto y sacaron las porras, decididos a cortar todo intento de rebelión por parte de los pobretones. Pero la excitación había llegado ya también a los palcos y al patio de butacas. Era evidente que la gente no estaba muy contenta con Palasto. Los hombres a los que la ópera no gustaba, se sentían emocionados por la voz de Angélica, que, además, procedía de la misma ciudad. Pero odiaban al ruidoso italiano.

Naturalmente que todo el mundo se había dado cuenta de que la iniciativa había partido de aquel irlandés de pelo rubio, al que ahora trataban de sacar dos policías, pero que se resistía fieramente. Ya eran muchas las voces que pedían que se le dejase libre. Y llegó el refuerzo.

Cuando los policías pasaban ante el palco, en cuyas cortinas había bordado un tulipán estilizado, aquél se abrió y dos mujeres aparecieron en la puerta. Instantáneamente, los policías dejaron de empujar vigorosamente a su prisionero.

—Ruego a ustedes que lo dejen libre —dijo Madelon van Roosen con ademanes regios, mientras su madre procuraba inútilmente meterla otra vez dentro del palco. Diversas personalidades iban acudiendo de todas partes. Lo mismo les daba si se llevaban al irlandés o no, pero sí estaban dispuestos a ajustar su conducta a la de las omnipotentes Van Roosen.

Un policía se llevó la mano a la gorra.

—Lo sentimos —dijo confusamente—. Ha armado escándalo.

—Tenía toda la razón. Pero si es necesario acudir a mi padre para...

Los policías palidecieron. No, claro que no era necesario. Si la señorita y la señora Van Roosen decían que tenían razón..., ellos no eran quién para discutir. Uno de los caballeros calvos que se había estado aburriendo en el patio de butacas no necesitaba identificarse: el alcaide. A los pocos momentos, saludando al mismo tiempo que reculaban, los guardias desaparecían sin hacer más comentarios.

Patrick Fitzgerald puso un poco en orden sus ropas. La chaqueta se le había rasgado y tenía un ojo tumefacto de un puñetazo que le dieran los guardias. Claro que él también había dado lo suyo.

—Buen jaleo se ha armado. ¿Cómo está usted? —dijo.

—Venga —dijo Madelon rápidamente, arrastrándolo pasillo adelante hacia los camerinos, para librarse de la curiosidad pública. En el de Angélica, a cuya puerta había el habitual grupo de curiosos, lograron entrar y cerrar a sus espaldas. Pero *mistress* Van Roosen se negó en redondo a entrar y dijo que aquello le había producido una jaqueca atroz y se marchó, asistida por el alcalde.

Angélica levantó su límpida mirada hacia los dos. Había lágrimas en sus ojos.

—Es la primera vez que me patean —dijo.

Fitzgerald estaba como sobre ascuas.

—Yo sólo quería... ¡Maldito sea ese individuo! Me dejé llevar por los nervios.

Madelon era más práctica.

—Yo creo que míster Fitzgerald tiene razón. Por eso lo libré de los guardias.

—Por eso, y por algo más —repuso él—. Lo siento, señorita Tormendi. Lo siento de veras. Yo sólo quería que se repitiese el dúo cantando él más bajo.

En aquel momento, la puerta de unión entre los camerinos de los primeros cantantes se abrió y un Palasto despeinado, convulsionado casi, entró como una tromba. Y en cuanto vio a Fitzgerald supo que era el que había interrumpido la actuación.

—Miserable piojoso —dijo, ferozmente—. Te voy a dar de latigazos.

—Cálmese —dijo Fitzgerald.

—«*Signore*» Palasto —dijo Madelon, insultantemente—, usted tuvo la culpa. No puede engañar mucho tiempo al público cuando hace lo que ha hecho ya varias veces con Angélica. Todos los honores han de ser para usted, ¿no es así? Pues acabe convenciéndose de que cualquiera de los cantantes de ahora podría ser mejor «*partenaire*» de Angélica que usted. Es... ya demasiado viejo.

Era una bofetada bien aplicada aquélla. Palasto palideció y levantó una mano. Por un momento pareció que todas las leyes de la etiqueta y de la galantería se iban a romper allí y que Palasto iba a tomarse la justicia por su mano, pero Patrick se adelantó como una tromba, interponiéndose entre ambos.

—Si toca a la señorita —le dijo fríamente—, le rompo esa cara de «chulo»[4] que tiene. Y supongo que usted sabe lo que es «chulo».

Palasto no parecía dispuesto a permitir que le rompiesen la cara, fuese la de un «chulo» o no. Tenía ya cuarenta y dos años y no podría medirse con aquel mocetón cuyos azules ojos brillaban peligrosamente.

Dió un paso atrás.

—Me pagará esto, piojoso. No lo olvide. En cuanto a ti, Angélica, debo decirte que nuestros abogados se encargarán de tramitar nuestra separación profesional, ya que puedes permitir que se me trate como aquí se ha hecho.

Angélica había empezado sus temporadas con Palasto, por lo cual le tenía cierto afecto. Nunca se había permitido con ella la menor libertad y, al menos, no había tratado de enamorarse de ella, como hacían casi todos los cantantes con sus compañeras, cuando éstas eran guapas y tenían buen tipo. No, en ese aspecto no tenía ninguna queja.

—¡Oh, por favor, Giacomo! —dijo, suplicante.

—No tengo nada más que decir. Mis abogados hablarán con el empresario. Ni por todo el oro del mundo volvería a permitir que una chiquilla ineducada me trate como «ésta» (ese «ésta» arañaba), lo ha hecho. O ellos o yo. Angélica.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Angélica, un poco exasperada—. ¿No puedes prescindir de esa teatralidad?

Ahora, los ojos de Palasto se entornaron y Patrick se dijo que, al

fin y al cabo, quizá tuviera él que intervenir en el asunto. Pero el cantante se limitó a mirarlos a todos y luego salió con la mayor dignidad posible.

—¡Bueno, pues la he hecho buena! —dijo Fitzgerald—. Ese individuo me parece que puede resultar peligroso.

## UN FASTASMA DEL PASADO



L inspector del

F. B. I.

Mark P. Burgoyne inclinó más la luz, de manera que diese sobre su interlocutor. Éste parpadeó insistentemente y suspiró con resignación.

—No sé nada, inspector —dijo.

—Era usted uno de los pocos que tenían acceso a la pieza prototipo.

—Sí, ya lo sé, inspector; pero yo no la cogí. ¿Para qué? ¿Para venderla, como ha dicho usted antes? Gano más de lo que necesito,

mucho más. Y este país me acogió cuando yo tuve que venir huyendo. ¿Habría de traicionarlo?

Burgoyne estaba irritado con el judío. Se encontraba ante un hombre con el cual no valían ninguno de los habituales trucos policíacos. Se limitaba a decir que amaba a Norteamérica y que no veía la razón para traicionarla. Ninguna razón. Era imposible sacarlo de ahí. Y sin embargo..., era un hebreo, lo mismo que los Rosemberg y Greenglass. Y los hebreos han demostrado, desde la revolución rusa, su peligrosa afición a jugar al comunismo. Pero no había una sola prueba en contra de él.

—¿De dónde venía usted esta noche? —preguntó de pronto.

—De dar una vuelta.

—¿Con este tiempo? ¿Piensa que lo voy a creer?

—Iba en coche, como usted vió. La lluvia no me molesta dentro del coche —respondió Meyenthal, mansamente.

Pero había un tono de ironía en su voz que hizo que el policía se sintiese desasosegado.

—Escuche, Meyenthal. Tenga en cuenta que los Rosemberg pagarán seguramente con su vida el crimen de haber traicionado a su país. Si descubrimos alguna prueba contra usted...

—No descubrirán nada, inspector, porque nada pueden descubrir.

—¿Le gustaría que le pusiese a usted un par de inyecciones de escopolamina? —preguntó de súbito, inclinándose sobre él. Y tuvo la satisfacción de ver cómo el otro retrocedía, sobresaltado. Era la primera vez que el israelita perdía la serenidad.

—No..., eso no... está permitido —balbució.

—No, claro, claro que no. Pero está en juego la misma existencia de nuestro país y no podemos andarnos por las ramas. Estoy pensando en que sería lo mejor.

Desde luego, el inspector Burgoyne no estaba capacitado para hacer una cosa así y él no pensaba hacerla. Pero aquello era bueno para saber lo que pensaba un sospechoso.

La escopolamina, el «suero de la verdad», como se le llama vulgarmente, fué empleada por primera vez en Texas, por el doctor House. En síntesis, su efecto es el de hacer «abrir» la boca al paciente, suprimiendo su voluntad. Esto tiene una explicación muy clara. Bajo la influencia de cualquier anestésico, el oído es el último

de los sentidos que se adormece. Y también el primero en despertar. Así, pues, hay un período de tiempo en el que el paciente aún no está consciente, pero en el que ya oye. Pues ese estado es el que provoca la escopolamina. Es decir, que lo que para cualquier droga sólo existe durante unos segundos, minutos todo lo más, con la acción de la escopolamina se consigue durante todo el tiempo que sea necesario. Como es natural, el oído capta la pregunta del Inquisidor. Y contesta, porque no tiene voluntad que le impida hacerlo así.

Algunas Policías, específicamente la francesa, lo han utilizado en casos muy dudosos, pero está en pugna con cualquier conciencia estrecha. «La voluntad de una persona es sagrada», han afirmado muchos médicos notables. La práctica de la escopolamina está, pues, circunscrita a países como los de detrás del telón de acero.

Esta vez el ingeniero Meyenthal empezó a transpirar.

—Nadie lo permitiría —dijo—. Ningún juez...

—Me parece, míster Meyenthal, que le voy a entregar a usted al médico federal para que lo haga —respondió Burgoyne, vigilándolo estrechamente.

Al mismo tiempo, dos de sus subordinados tomaban una película de las diferentes reacciones de Meyenthal. Sólo que éste no lo sabía, porque estaban en la habitación de al lado, y disparaban la máquina por un agujero pequeño, semiescondido en el muro. Aquella película iría luego a los archivos del

F. B. I.,

con destino a las clases de Psicología para los alumnos.

—No... puede... —dijo Meyenthal, con voz estrangulada. Luego pareció recuperar parte de su presencia de ánimo—. No puedo impedir que usted lo haga si quiere, pero va en contra de todas las leyes humanas y divinas.

Burgoyne se puso en pie.

—Puede irse a su casa, míster Meyenthal —le dijo—. Esté completamente seguro de que si mis sospechas toman cuerpo, no vacilaré en ponerle una inyección de escopolamina. La patria, míster Meyenthal, es, para mí, ante todo. Y usted ni siquiera está nacionalizado norteamericano.

—Tengo pedida la nacionalización desde hace un año —dijo el otro, evidentemente aliviado—. Pero es que...

—Lo sé; en este Estado exigen cinco años desde la petición hasta la entrega del documento. Acompáñenlo.

Y así fué cómo míster David Meyenthal salió de la Jefatura del F. B. I.,

sin que le hubieran puesto la inyección. Pero estaba tristemente seguro de que no había engañado al inspector. Sabía que, de ahora en adelante, un hombre del

F. B. I.,

bajo la apariencia de un limpiabotas, de un vendedor de diarios, de un corredor de comercio, jamás se despegaría de sus talones. Y que él no sabría jamás quién era ese hombre.

Al salir eran las tres de la madrugada. Tomó un «taxi» y se fué a su casa, a descansar, mientras la cabeza le dolía horriblemente por efecto de que el foco de cien watios que había tenido constantemente delante de los ojos.

Y el inspector Burgoyne hablaba con sus auxiliares, mientras la película era rápidamente relevada. Cuando tuvo en las manos la primera prueba, dió un ligero suspiro de triunfo.

—Lo que yo me imaginaba. Cambió su expresión al solo anuncio de la escopolamina. Ningún inocente hubiera hecho lo mismo. Si conocía la droga, quizá hubiera demostrado un poco de ansiedad, de temor por descubrir cosas que no quisiera. Si la desconocía, de curiosidad. Pero él, miren esto —y señalaba una fotografía en la que se veía a un Meyenthal un poco cómico, con la boca abierta— estaba aterrado. Señores, creo que tenemos a nuestro hombre.

Y sus dos agentes salieron del cuarto para relevar y ayudar a aquel que seguía al ingeniero.

Y a las nueve de la mañana, llegó el tren procedente de la capital del Estado. No se bajó mucha gente, porque en invierno, en realidad, la mayor parte de los forasteros se componía de agentes comerciales. Pero entre los que se apearon había una muchachita de unos trece o catorce años, delgada, de enormes ojos oscuros y de afilada carita. Se imaginaba uno, en seguida, que con diez kilos más, la niña sería encantadora. Pero estaba demasiado delgada.

El mozo de andén se acercó a ella para cogerle la maleta, bastante averiada, que llevaba en la mano, y entonces la pasajerita le señaló un cartón que llevaba sujeto al pecho. El mozo, un poco asombrado, leyó en él:

«Oficina de Personas Desplazadas por la Guerra, en Europa: La portadora de este documento se dirige hacia la ciudad de Toscaloosa, en busca de David Meyenthal. No habla inglés. Ayúdenla en lo que puedan. Sus gastos están cubiertos».

Y más abajo, manuscrito, el siguiente letrado...

«David Meyenthal no está ya en Toscaloosa. La portadora sigue viaje hasta la cabeza de distrito. Ayúdenla quien lea esto. Gracias. “T. Gómez-Arosa”, alcalde».

El mozo la tomó de la mano y se la llevó al jefe de estación. Cambiaron un par de frases, mientras ella los miraba alternativamente con sus inteligentes ojos. Entonces, el jefe llamó por teléfono. Luego dijo al mozo:

—Llévenla a Union Street, tres mil setenta y ocho. ¡Cielos! ¿De dónde vendrá esta criatura? ¿Tienes hambre? —Y en vista de que ella no le entendía, se llevó la mano derecha a la boca, con los dedos unidos por las puntas, y éstas dirigidas hacia la lengua.

Es un gesto que, según creo, entenderían hasta los pueblos más alejados de todo lugar civilizado. La jovencita esbozó una sonrisa, que encogió el corazón del jefe por la tristeza de que estaba impregnada y movió la cabeza denegativamente. Luego dijo algo en una lengua que no entendía en absoluto.

—¡Cielos! —repitió—. ¡Cuántas cosas no habrá visto esta criatura para sonreír así!

El mozo de estación paró el cochecillo frente al número 3078 de Union Street y ayudó a bajar a la niña. Desde la acera de enfrente, un organillero italiano vigilaba la escena, sin dejar de mover el manubrio, mientras unos cuantos chiquillos envueltos en sus gabanes lo contemplaban atentos.

La puerta se abrió apenas llamó el mozo, y un hombre de alta estatura y cabello gris apareció en el umbral.

—¿Míster Meyenthal? —preguntó el mozo—. Aquí está esto para usted.

La niña había abierto mucho los ojos, esforzándose por entender. Meyenthal bajó los dos escalones y contempló el cartel, estupefacto.

El organillero italiano, luego, al referir la escena a sus jefes, dijo que su expresión al leer el cartel de la criatura era «entre asombrada y aterrorizada». Luego oyó hablar en un lenguaje que a él le pareció alemán, pero que estaba mezclado con otro. Por ello no pudo cazar sino palabras sueltas, aunque él hablaba aquella lengua.

Meyenthal cogió a la criatura por los hombros, sin apartar de ella la mirada.

—¿Quién eres? ¡Contesta! —exigió en «yiddisch» [5]—. ¿Quién te envía?

—Soy Ruth Meyenthal —dijo la niña en la misma lengua—. Si usted se llama David Meyenthal, es usted mi padre.

Así, sin más. Como si el encontrar un padre fuese cosa de todos los días, algo común que no vale la pena ni comentar siquiera.

Algo así como una nube de color rojo pasó ante la vista del ingeniero. Pongámonos en su lugar y tratemos de pensar qué haríamos. Una hija que aparece de improviso cuando uno está seguro de que se encuentra semipresa a muchos miles de millas de distancia. Una hija por la cual... Tragó saliva una y otra vez, mientras la nube se disolvía en una serie de ideas a cuál más contradictoria. «Es una trampa. Esos malditos me tienden una trampa. La Policía es muy lista. No puede ser mi hija. Sus ojos... podrían ser los de Rosie. Tiene las piernas largas, como ella. Pero mi hija está en Polonia. Esas manos tan largas y afiladas. Rosie tocaba al piano con esas mismas manos. La Policía cree que confesaré mi crimen si mi hija está a salvo. ¿Cómo han podido soltarla “los otros”? ¡Oh, Rosie, Rosie! ¿Dónde estás? Te necesito, Rosie».

—Gracias —balbució en inglés, dirigiéndose al mozo y sacando un billete de cinco dólares, que dejó en su mano.

Luego, la puerta de la casa se cerró tras de ambos. Allí volvió a mirar a la chiquilla.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —preguntó duramente.

—Rosanna Zwi —respondió ella instantáneamente. Había una pesada lágrima en sus ojos—. Por favor: ¿es usted David Meyenthal?

Aquél era el nombre de soltera de su mujer, «ellos» podían haberlo averiguado y podían estar tendiéndole una trampa. Una trampa mortal, a cuyo final estaría la soga del verdugo.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu madre? —preguntó, sin abandonar aquella dureza agresiva en el tono de su voz.

Las lágrimas rodaron por las mejillas libremente, pero la chiquilla parecía estar acostumbrada al dolor. No movió un solo músculo. Empezaba a pensar que todo el viaje había sido inútil. Aquel hombre que hablaba el «yiddisch» no podía ser su padre.

—Mí «mama» murió. Me llevaron a casa de tío Lenko Zwi, a Krakau[6]. Luego vinieron los alemanes y los rusos. Pasamos mucha hambre y por la noche nos escondíamos en los refugios para las bombas. Luego, el tío Lenko murió. Lo mataron. Y luego, la tía y yo fuimos a un sitio que estaba rodeado de alambradas con púas. Y después, nos encerraron en vagones y nos llevaron muchos días. Luego, unos soldados muy negros nos cogieron y nos llevaron a otro sitio, pero yo no quería decir que era judía, porque entonces me pegarían y no me darían de comer. Los soldados negros me preguntaron quién era, y luego, otros, blancos, que me preguntaban lo mismo. Pero yo no quería decir nada. Por fin, una señora me preguntó y me dijo que no me harían daño y yo le dije todo. Luego estuve mucho tiempo en una casa y, por fin, me enviaron aquí, cruzando el mar, y me dijeron que encontraría a mi padre. Por favor, ¿quiere usted decirme si se llama David Meyenthal?

En aquel relato infantil estaba retratada toda la miseria que asoló a Europa desde el año 39 hasta el 45. Y las lacras que quedaron. Todo. El ataque germánico, las horas horribles de la ocupación, la «liberación» rusa y los campos de concentración. Luego, aquel viaje, en busca de los hogares, en vagones en los que se hacinaban miles de criaturas enfermas, hambrientas y depauperadas. La presencia de aquellos soldados «negros», americanos o franceses, seguramente, y por fin, tras de perder el miedo a decir su nombre, la búsqueda de su padre por la Oficina de Desplazados. Por fin, el viaje a los Estados Unidos.

Daniel Meyenthal comprendió que aquélla era la verdad, la absoluta verdad, y que su hijita no se encontraba en poder del Gobierno soviético de Polonia. Lo habían estado engañando, engañando como a un pobre idiota y le habían obligado a traicionar al país que le diera asilo. Puso una mano en el hombro de la niña.

—Sí, hija —dijo, suavemente—. Me llamo David Meyenthal y soy tu padre.

La niña continuó seriamente.

—Gracias —dijo.

Aquella niña no sabía reír, pensó desanimadamente Meyenthal. Sólo llorar silenciosamente, para no molestar a posibles guardianes. Sin poderse contener, la tomó en sus brazos.

—Ya ha acabado todo aquello —dijo, en «yiddisch»—. Trataremos de que vivas lo mejor posible. Vamos a comer algo.

Aquella tarde, a las cinco, Daniel Meyenthal, acompañado por una muchachita de unos catorce o quince años, se presentó en Jefatura. Ambos descendieron del coche, y Meyenthal pidió ver al inspector Burgoyne, de la División federal. Cuando en su despacho, le dijo:

—Inspector, le presento a mi hija. Ha llegado de Europa. Yo no la conocía, pero me ha sido enviada por la Oficina de Personas Desplazadas.

—Sabía que había llegado, porque uno de mis hombres lo vió —dijo Burgoyne, poniéndose en pie y acercándose a la chiquilla.

Ésta miraba todo con sus inteligentes ojos oscuros. Su mano se mantenía constantemente aferrada a la de su padre.

—Inspector, quisiera hablar con usted en privado. He de confesarle algo.

La voz del ingeniero era serena y firme. De vez en vez miraba a la niña con expresión de ternura.

—Esperaba algo así, Meyenthal —dijo Burgoyne—. Siéntense ustedes dos y empiece.

—Inspector —contestó el otro tranquilamente, sentándose—, he de confesarle una cosa: yo fui quien robó la pieza prototipo de la factoría. Tenía usted razón en sus sospechas.

El inspector dio un suspiro, y el otro prosiguió, hasta acabar toda la historia. Al llegar a la parte en que había descubierto el robo, Burgoyne dio casi un salto en la silla, pero el otro alzó la mano. Y ya no fué interrumpido hasta acabar.

Inmediatamente, el inspector tocó un timbre y aparecieron dos de sus hombres. Uno de ellos era el italiano del organillo, pero ya vestido de otra manera. A una señal del inspector, puso en marcha un mecanismo encima de la mesa, y al cabo de poco tiempo, la historia, registrada por un aparato de cinta magnetofónica, estaba preparada para ser utilizada en cualquier momento. Un trozo de

aquella historia:

Pregunta. —¿Quién es el hombre con el que ha tratado usted?

Respuesta. —No lo sé. No lo he visto más que de noche, siempre tapado. Pero recuerdo que habla siempre en susurro. Una vez que levantó la voz, noté que la tenía muy fuerte.

P. —¿Es americano o extranjero? ¿Podría ser ruso o polaco?

R. —No, no es eslavo, estoy casi seguro. Debe ser americano.

P. —¿Qué pensaba usted hacer para recuperar la pieza?

R. —No lo sé muy bien. Cualquier cosa... Interrogar a unos y otros de los obreros...; no lo sé muy bien.

P.— ¿Está usted dispuesto a jurar que enterró esa pieza en el sitio donde dice y que no había salido, hasta hace poco, de allí?

R. —Sí, estoy dispuesto.

Cuando acabó, Burgoyne se puso en pie.

—Lo siento, Meyenthal —dijo—. Lamento que hiciera usted esto, aun cuando comprendo sus motivos. Pero en medio de todo, nos ha ahorrado usted mucho camino, confesando ahora. Al menos, tenemos ya la certeza de que esa pieza no está lejos. La Ley se encargará de usted, Meyenthal.

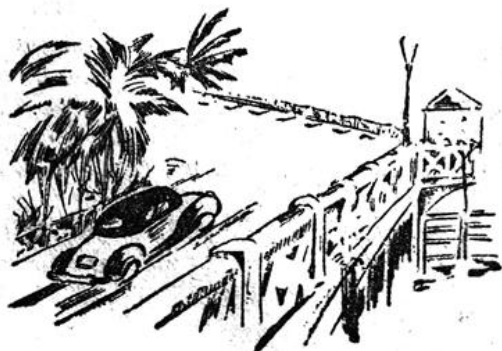
—Y... —El judío pareció vacilar —¿mi hija? No tiene a nadie en absoluto. De quedar sola aquí...

—De momento, quedará a cargo nuestro, del Gobierno. Después, ya procuraremos encontrarle algún sitio. ¿Le ha dicho usted lo que ocurre?

—No..., todavía no. Lo haré..., lo haré ahora mismo.

Se volvió hacia la chiquilla y empezó a hablarle rápidamente en aquel idioma. Ella fué abriendo mucho los ojos, como si no comprendiera. Pero demasiado bien comprendió al final. Entonces hizo algo extraño: se abrazó a la cintura de su padre y, sin llorar, dijo algo, que repitió varias veces. Luego, le soltó y se quedó quietecita.

- Mientras sacaban a Meyenthal, Burgoyne le preguntó:  
—¿Qué le decía la muchacha? Parece haberlo tomado bien.  
—Me decía que me esperaba —respondió el otro, sencillamente  
—. Que me esperaba siempre, ahora que me ha encontrado.



¿CONOCE USTED

### NOVELISTAS DE HOY?

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.*  
**¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!**

## VI

### CURIOSIDAD IRLANDESA



NOVIEMBRE acabó con todas las hojas de los árboles y las arremolinó en las aceras y en los campos, hasta que sus nervaduras, como minúsculos esqueletos, oscurecieron el piso. Diciembre empezó con lluvias torrenciales y terminó por heladas, en las que el termómetro descendía hasta 70 y pico grados bajo cero [7].

La gente se recogía en sus casas en cuanto salía del trabajo, y las máquinas tragadoras de nieve y las que expulsaban agua caliente no cesaban en ningún instante de cumplir su cometido.

Prácticamente, debido también a la gran cantidad de descendientes de holandeses que poblaban la ciudad, nadie o casi nadie circulaba por la calle una vez se habían cerrado las oficinas y los talleres. Solamente en la gran factoría, controlada por el Gobierno, seguía el turno de trabajo intenso y continuo, día y noche.

Las «fuentes de soda» cerraban antes que nunca. Los «*cabarets*» se mantenían anímicamente, en espera de mejores tiempos, y las «boleras» bajaban sus cierres metálicos a las cinco. La vida era dentro de las casas, alrededor de la fingida chimenea, en el salón familiar, leyendo el «*Life*», el «*Post*» o el «*Geographic Magazine*», o jugando al «*bridge*» o al ferrocarril.

Sí, todo era bastante tranquilo en aquellas noches decembrinas, que rápidamente derivarían en la Navidad. Todo..., menos las pasiones. Por encima de las hogareñas chimeneas y del «*Post*», la pasión asomaba la oreja. Un italiano apuñalaba a la muchacha de sus amores, porque ésta amenazaba casarse con un irlandés. Un griego, borracho de marihuana, disparaba su pistola repetidamente en un salón nocturno de ínfima categoría y mataba a varias personas. Un banquero era asesinado por su secretario. Una cantante de ópera...

El inspector Burgoyne se dejó caer en el sillón y aceptó el cigarro que le ofrecía Van Roosen.

—Nada hasta ahora, señor —dijo—. El

F. B. I.,

no se da nunca por vencido, no puede hacerlo, pero en esta ocasión...

—Había muchos hombres trabajando en aquella carretera —insistió el cacique.

—Sí, pero a todos los que hemos podido localizar los hemos interrogado hasta el cansancio. Ninguno de ellos sabe nada. No les dijimos qué es lo que buscábamos, claro; pero..., por la descripción, tenían que saber lo que era, si es que lo vieron. Inútil.

—Bien; la nueva pieza ya está terminada. Me he encargado personalmente de eso. Ahí acaba mi participación en el asunto.

—La suya, sí; no la mía —suspiró Burgoyne—. En fin, señor, ¿qué le ha parecido el veredicto del juez?

—Justo. Debo decirle que esperaba mayor rigor.

—La confesión le salvó de ese mayor rigor, señor. Seis años son largos, pero tienen un fin. Esa pobre criatura... Cuando parecía que iba a llegar a un remanso de paz y de tranquilidad, después de una niñez horrorizada... Bueno; pone los pelos de punta.

—Al lado de Madelon creo que olvidará pronto todo eso —dijo, prácticamente Van Roosen—. Y cuando su padre salga, pienso darle otra vez un empleo en alguna de mis factorías. Algunas veces pienso que si a Madelon le amenazase un peligro...; bueno, no sé lo que haría.

—Ha sido muy gentil por su parte recoger a chica —dijo Burgoyne—. En fin, señor, he de marcharme para ver si alguno de mis hombres ha sabido algo nuevo.

—No le envidio la tarea, Burgoyne. Venga a despedirse de mi mujer.

Van Roosen fué al salón principal de la casa, donde había reunidas varias personas: su mujer, resolviendo un problema de palabras cruzadas. Y rodeando el piano, Madelon, Fitzgerald, tan despeinado como siempre, pero muy animado al parecer; Angélica Tormendi y la joven judía Ruth Meyenthal, que contemplaba seriamente cómo Patrick interpretaba, variándolo hasta el infinito, el andante de la primera «Casación».

Mozart, interpretado por Patrick Fitzgerald, cobraba, si ello es posible, más amable frivolidad. Angélica reía hasta saltársele las lágrimas a cada nueva variación y Madelon procuraba inútilmente coger la melodía con el mismo ritmo. Tenían aspecto de estarse divirtiendo en grande.

—Aquí está el grande hombre, que viene de mover medio mundo con sólo levantar un dedo —dijo, irrespetuosamente, el irlandés—. Y el representante local del Tío Sam. ¿Qué traman ustedes?

Las relaciones entre Pat, forzosamente impuesto por *miss* Van Roosen, y el padre de la joven eran algo tirantes. Además, aun cuando no lo hubiese reconocido jamás, el cacique veía con malos ojos cualquier aproximación masculina hacia Angélica Tormendi. Y no cabía dudas de que el activo irlandés consideraba, cuando él se encontraba presente, que Angélica era cosa de su exclusiva pertenencia. De dónde sacaba el tipo para, con su ropa raída y sus despeinados cabellos, acaparar a la cantante, era algo que míster

Hendrick van Roosen ignoraba, pero que sí le producía cierto desasosiego. Habíase propuesto, hacía unos días, ofrecer algún empleo a aquel joven, con la condición de que no volviera a acercarse a la muchacha. Además, temía que su hija pudiera encapricharse también con él. No había duda de que el condenado era atractivo.

Lo despreció olímpicamente, y Patrick guiñó un ojo a Angélica, la cual, sin saber por qué, se ruborizó. Encontraba difícil mantenerse con cierta dignidad delante de aquel hombre que no reconocía fronteras.

Burgoyne le dirigió una rápida ojeada y luego desvió la vista. Demasiado hacía con callarse. Si hubiese sido otro, ya habría procurado apartar al irlandés; pero, razonablemente, no podía hacerlo. Mas cada vez que lo veía cerca de Angélica sentía unos celos atormentadores.

Porque la verdad es que Burgoyne se encontraba en ese delicado estado de los que saben que van a ser desarzonados por una mujer, irremisiblemente, como diría Dostoievski, y ni quieren ni no quieren evitarlo. Pero en ese estado aparece alguien que hace muchos más progresos que nosotros, y un picor extraño e indignado nos recorre la espalda. Y decidimos adelantarnos al otro. Y el otro no se deja adelantar. Y nosotros nos desesperamos.

—Le tengo un santo horror a la Policía desde que se empeñó en que yo debía contribuir con mi personal esfuerzo a la construcción de una maldita carretera. Y perdono lo de maldita.

Míster Van Roosen y Burgoyne se le quedaron mirando con la boca abierta, sin darse cuenta de que el criado acababa de abrir la puerta y alguien lo seguía. Ese alguien tosió ligeramente.

Burgoyne y los demás se volvieron a la puerta y vieron a Palasto, el gran Palasto, allí parado, mirándolos atentamente. Hubo un instante de silencio.

—Dispensen —dijo el cantante—. Angélica, desearía hablar contigo un instante.

Era la primera vez que el italiano demostraba tal deseo desde que la amenazó con romper su contrato con ella. Angélica lo miró, sorprendida.

—Pero ahora... —empezó.

—Si estás ocupada, puedo esperar —le aseguró el otro—.

Señores..., servidor.

Y cerró la puerta detrás de sí. Al instante, el inspector del F. B. I.,

y el todopoderoso Van Roosen se volvieron de nuevo a Patrick.

—¿Cómo me pude olvidar...? —empezó el cacique.

Pero Burgoyne le hizo un rápido gesto de que se callase.

—Vamos a su despacho, si gusta —dijo, perentoriamente—. Síguenos usted, Fitzgerald —ordenó.

—¿Otro arresto? —preguntó el irlandés—. Vaya, que yo...

—No es cosa de broma —dijo el inspector federal—. Venga.

El despacho de Van Roosen se encontraba a uno de los lados del gran salón. Cuando abrían la puerta de aquél, vieron a Palasto que se dirigía a la puerta de entrada, mientras el criado desaparecía hacia los fondos. Luego, los tres se encerraron en el despacho.

—¡Asno de mí, que se me olvidó que usted también estuvo allí! —dijo, agriadamente, Van Roosen; pero el inspector parecía aún más excitado si cabe.

—Fitzgerald —dijo, con un aire tan severo, que al irlandés le pareció una mueca feroz—. Es usted uno de los dos únicos presos que no han sido interrogados y...

—Un momento. —Pat alzó la mano en el aire y se los quedó mirando interrogativamente—; ¿qué diablos tienen ustedes que interrogar? Quiero saberlo todo.

—No es usted el que tiene que saberlo, sino contestar —respondió adustamente el inspector federal.

—¿Sí, eh? Pues si no quiero no contestaré nada en absoluto.

Pocas eran las cosas de las que Patrick Fitzgerald no supiese sacar partido. Muy pocas. Y ahora había olisqueado algo. Cuando estuvo en la guerra, peleando por su país, según le dijeron, había creído comprobar la razón de un viejo axioma: «Cuida primero de ti mismo, que luego ya te ocuparás de los demás.» Claro que esto es falso, pero él lo creía cierto hasta entonces.

Buhoyne dió dos pasos hacia él, con las manos extendidas, pero Van Roosen le cogió del brazo.

—Escuche, Fitzgerald —dijo calmosamente—. Usted es americano.

—Sí.

—¿Le interesa su país?

—¿Cuál? —preguntó con rapidez el irlandés—. ¿El que me encierra en una cárcel por no hacer nada y me obliga a trabajar? Después de todo me pescaron nada más que para eso; para obligarme a trabajar en una cosa del Municipio. Vamos, señores, un poco de formalidad.

—La nación no es esta ciudad solamente —gruñó Burgoyne—. Tenga en cuenta que puedo llevarlo a la División y hacerle hablar. Vamos, no sigamos con necedades. Es algo que interesa a la nación y no me voy a andar con contemplaciones. Cuando usted no quiere hablar es por algo.

—Hay cien mil dólares de recompensa para el que diga sí encontró algo..., alguna cosa que nos es necesaria —dijo Van Roosen como al desgaire. Los ojos de Fitzgerald, que Burgoyne observaba con atención, no cambiaron de expresión. Pero ninguno de los dos conocía al irlandés.

—Conque... ¿sí? —preguntó sin moverse—. Lo lamento, yo no sé nada.

Aquel hombre quería saberlo todo, o no diría nada. Burgoyne lo comprendió. Era difícil tratar con el vagabundo, porque los secretos que afectan a la nación no deben andar de una boca a otra, pero, al mismo tiempo, «él» necesitaba encontrar la pieza prototipo.

Se decidió.

—Miré, Fitzgerald. Podría obligarle en la Jefatura, pero prefiero hacer las cosas sin tanto barullo. Buscamos una pieza muy importante que desapareció de una de las factorías de mister Van Roosen. Cogimos al ladrón, él mismo se presentó voluntariamente, pero... la pieza ha sido robada por alguien.

Ésta vez, los ojos traicionaron a Fitzgerald, y Burgoyne lo advirtió.

—¿Sabe, usted algo? Hemos preguntado a todos los que podrían haberla encontrado, y no conseguimos nada. Usted estaba allí.

—¿Quiere decir que la robaron de la carretera en construcción?

—Así es. Vamos. Fitzgerald; usted es un patriota, ha luchado por los Estados Unidos durante cuatro años. No permita que un simple rencor contra un Municipio un tanto rudo lo aparte de su deber de ciudadano.

—Tengo la pieza —dijo el otro tranquilamente.

—Pero... —Burgoyne estaba asombrado de la rapidez con que

había conseguido su objeto —¿usted sabía el valor?

—¡Yo qué demonios voy a saber! —dijo Fitzgerald, irritado—. No soy un ladrón, aun cuando alguna vez haya pescado sin licencia o cazado algún ave que se haya puesto a tiro. Aquello era un chisme de plata o alguna aleación así que me recordaba un poco el pistón de un coche. Lo encontré en el hueco que hicieron los que derribaron un árbol.

Un suspiro de alivio se escapó de los labios de los dos hombres que estaban frente a él. Burgoyne pareció rejuvenecerse en diez años.

—Bien —dijo—. Ahora sólo falta que nos la dé. ¿Dónde la tiene?

—¿Yo? Bueno, dije mal. No la tengo, pero sé quién la tiene. Yo tenía que comer, y se la dejé al director de un restaurante económico. Le dije que necesitaba cinco dólares y que aquello era de plata. Él la tiene.

Volvieron a oscurecerse las facciones de Burgoyne.

—Condenado idiota... —Gruñó.

Fitzgerald lo miró iracundo.

—¿Sí? Pues vaya a buscarla sin saber dónde está. A ver si la encuentra. Usted sí que es un condenado idiota que ni siquiera lo que tiene delante puede ver.

Burgoyne intentó cogerlo por las solapas, pero el otro se zafó. Por un momento se miraron como un par de gallos de pelea, pero Van Roosen se interpuso entre ambos.

—Basta, caballeros —dijo autoritariamente—. Así no vamos a ninguna parte. Recuerde, Fitzgerald, que si ese comerciante la vende como plata para resarcirse, esa pieza puede ir a parar a manos de enemigos de la nación. ¿Comprende? Es necesario que nos demos prisa. El inspector Burgoyne se ha precipitado al hablar como lo hizo. Pero ambos son ustedes un poco impulsivos. ¿Dónde la dejó?

—En un restaurante de la calle Burlap. Me fijé en el nombre para poder volver luego. No sé el número, pero podría llevarles allí. El dueño lo tiene. Quizá lo use como pisapapeles, porque no parecía muy decidido a aceptarlo.

Cuando salían encontraron a Angélica y Madelon en el «*hall*». Ambas miraban hacia la puerta, un poco extrañadas.

—¡Qué raro! —dijo Madelon—. Hubiera jurado que alguien dió

un portazo no muy fuerte. Me habré equivocado.

Angélica hubiera podido decirle que no se equivocaba, pero en aquel momento estaba muy interesada mirando, asombrada, a Fitzgerald. El muy impertinente tenía ambas manos en la nariz, como si se estuviese sonando, pero sus verdosos ojos guiñaban picarescos al inspector Burgoyne.

Después de la cena, aquellos que, por no tener nadie que les cocinase, comían en el restaurante, abandonaban éste y se refugiaban en sus toperas. El dueño cogía los «*tickets*» de las máquinas registradoras y comprobaba las entradas del día. El caso es que a las diez ya no había nadie más que él y dos mujerucas negras que hacían dentro la limpieza. Y ya iba siendo hora de hacer caer los rastrillos de las puertas. Enfrente, al otro lado de la calle, la «fuente de soda» de Corrigan había cerrado ya.

Setecientos..., ochocientos... No estaba mal para un día tan frío. Y a propósito de frío: un buen «*whisky*» no le vendría mal. Y a casa, a pelear con el pequeñuelo que su mujer le había dado hacía dos años. Maldito fuera, un nuevo parroquiano a aquella hora.

—No se sirve más —dijo—. Vaya a casa de Spaatz, en la calle Rowendaele.

Y levantó los ojos al ver que el otro no hablaba. Luego, lentamente, fué elevando los brazos hacia el techo, mientras sus ojos se desorbitaban.

Había un hombre alto, enfundado en un gabán y con el sombrero calado hasta las orejas. Era difícil distinguir sus rasgos. En la mano tenía una pistola automática, chata y negra, en cuyo cañón había un raro objeto tubular.

El comerciante vió esfumarse ante sus ojos la recaudación del día, ochocientos billetes de dólar, y una rabia que lo ahogaba le subió hasta la garganta. Pero tenía demasiado buen sentido holandés para hacer ni un solo movimiento. Después de todo, los dólares podían recuperarse, pero la vida o un miembro, no.

—Lléveselo —dijo, con voz estrangulada.

Pero el otro no hizo el menor movimiento. Luego, una voz ronca y oscurecida salió de detrás del cuello del gabán.

—Deme la pieza que dejó aquí un hombre hace días. Vamos.

Un suspiro de alivio se escapó del pecho del comerciante.

Aquella cosilla. Y además...

—Lo..., lo siento. Se la di a un joyero. Era de plata, y quería hacerle una pulsera a su mujer.

—¿Quién es el joyero? —preguntó la voz.

Ahora, su tono revelaba impaciencia. A lo lejos se oyó el rugir de una sirena.

—Pero..., usted, ¿para qué...?

La pistola se movió perceptiblemente, y el hombre sintió un agudo dolor en el hombro y una fuerza bruta que lo empujaba para atrás. El chasquido y el humo no eran necesarios para advertirle de que habían disparado contra él. Se dejó caer hacia el mostrador, horrorizado, pero la voz llegó de nuevo a sus oídos:

—¿Quién es? Habla, o ahora te mato.

La sirena sonaba mucho más cerca.

El comerciante abrió la boca una o dos veces. Pero la vida... es demasiado preciosa.

—Rudolf Levin —dijo trabajosamente, sintiendo un pánico invencible—. En la calle Spinoza, seiscientos treinta y cinco.

Las sirenas sonaban ahora muy cerca. El hombre levantó la pistola y disparó de nuevo. Luego, de un salto, se dirigió hacia la puerta y se perdió en la oscuridad. Un momento después llegaba el coche policiaco a la puerta del restaurante.

¿CONOCE USTED

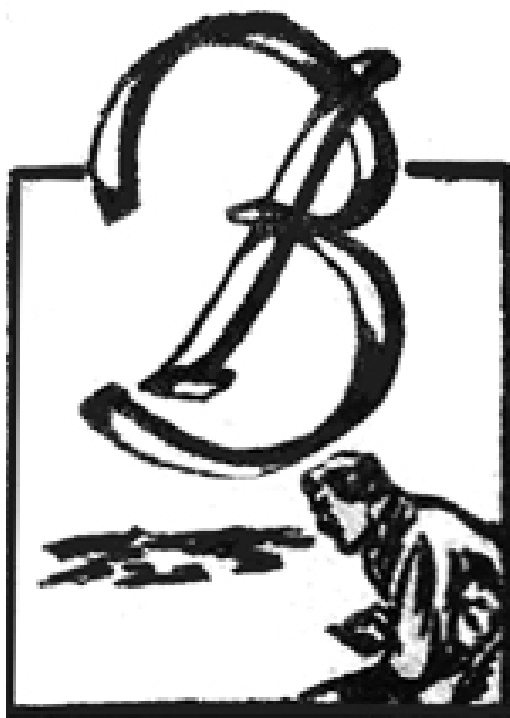
**NOVELISTAS DE HOY?**

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas*

**¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!**

## VII

### ¡OH, AMOR DESCUIDADO!



BUENO, estará usted contento —dijo Burgoyne cuando los camilleros se llevaron el cadáver del comerciante—. Ahora es cuando ya sabemos seguro que la cosa está en manos de aquel que mandó robarla. Al menos, ha matado para conseguirla. Eso quiere decir que le interesa lo suficiente como para que el fin justifique los medios.

—¡Déjeme en paz! —dijo Fitzgerald, exasperado—. Usted se encuentra algo que nadie reclama y que no parece valer gran cosa.

Yo pensé que era de plata, y en paz.

Burgoyne se pasó la mano por la frente con aire cansado.

—Bien, lo que sea... Más no puede hacer ni el mismo Washington.

Se habían dado órdenes, en vista de que el asesinato se había cometido menos de dos minutos antes de que ellos llegaran, de guardar todas las carreteras, trenes y aeródromos. Algunos centenares de policías, dirigidos por los agentes federales y auxiliados por tropas de la cercana base de adiestramiento de suboficiales, buscaban calle por calle a un hombre que llevaría un paquete de mediano volumen en alguna parte.

Ésas eran todas las señas. Todas. Demasiado pocas en una ciudad de medio millón de habitantes.

Fitzgerald se quedó mirando al suelo.

—Bueno, yo me marchó. Que el Tío Sam salga del lío como pueda. Después de todo, no es cosa mía. ¿Qué diablos es esto?

Algo brillaba en el suelo, allí, a sus pies. Se agachó, y lo iba a recoger cuando el policía federal le dió un empujón fuerte.

—¡No toque nada, estúpido! —le lanzó.

Sacó su pañuelo del bolsillo y cuidadosamente recogió aquello. Luego lo acercó a sus ojos, y Fitzgerald lo miró por encima de su hombro.

Era una de esas insignias que se suelen poner en las solapas y que en América revisten el carácter de Agrupaciones universitarias o de Clubs y en muchas partes de Europa son adornos simplemente. Ésta representaba una máscara, con el agujero de la boca riente y los pintados ojillos.

—¿Qué diablos...? —empezó Burgoyne.

—¿No sabe lo que es? —preguntó Patrick.

—Creo que... no estoy seguro.

—«La sardónica risa de la comedia»... —citó el irlandés—. Eso es la máscara de la comedia, hombre. Es decir, la máscara de la risa. La otra es la de la tragedia, y tiene las comisuras curvadas hacia abajo para demostrar su dolor. Efectivamente. La máscara de la comedia.

—Esto lo ha dejado caer aquí alguien —dijo el inspector, observándola atentamente—. Voy a hacer que lo vean en el laboratorio. Aunque es muy pequeña para poder conservar una

huella digital. Pero allí nos dirán algo más.

—Puede ser de cualquiera de los innumerables clientes que han venido hoy —remató Fitzgerald—. Mire la recaudación de hoy. Hay bastante dinero.

—Déjeme en paz.

Y Fitzgerald le hizo caso. Se largó tranquilamente a casa de los Van Roosen. Cuando llegó habían acostado a la pequeña Ruth Meyenthal y *mistress* Van Roosen le hacía compañía con aquel cariño maternal que siempre había derrochado la rubia neerlandesa. Las mujeres de esa raza parecen constituidas especialmente para estarse siempre preocupando por algún pequeñuelo. No viven tranquilas si no es así.

Fitzgerald le dijo en pocas palabras a Van Roosen lo que había sucedido, y el grande hombre resopló, fastidiado.

—Bueno, pero al menos eso ya pertenece por completo al F. B. I.

Yo no disminuyo la línea de producción de ninguna de mis factorías, pero tampoco me gustaría que tuviesen nuestros adversarios esa magnífica ocasión de equiparar su industria con la nuestra. Por mi parte, y según han dicho los investigadores, habrá que cambiar el prototipo, y están estudiando el sustituto; pero supondría tener que fabricar nuevas máquinas-herramientas, Y eso cuesta mucho dinero, y el dinero sale del bolsillo del contribuyente.

Todo aquello ya no interesaba en absoluto a Fitzgerald, el cual se levantó para salir del despacho. Pero el magnate lo contuvo.

—Un momento, joven. ¿Sabe usted que ha demostrado que hasta ahora no se había copiado el modelo?

—Bueno, ¿y qué?

—Yo prometí cien mil dólares al que lo demostrase. Claro que ahora las cosas han cambiado un poco y el modelo no está en nuestras manos, aun cuando no tardará en caer. Creo que, en justicia, le pertenecen a usted veinticinco mil dólares.

—¿Regateando, eh, viejo pirata? —preguntó Fitzgerald, riendo—. No se preocupe, que no le costaré ni un céntimo. ¿Ha leído usted a Shaw? ¿Se acuerda de aquel traperero que aceptaba cinco libras, pero no cincuenta, porque decía que cinco se las gastaría en un momento y las disfrutaría, pero cincuenta no, porque le entrarían tentaciones de ahorrar? [8]. Pues eso me ocurre a mí, en

cierto modo. Veinticinco, quince, diez mil dólares me harían pensar en quedarme en un lugar determinado. Y eso es lo que no quiero. Quiero ser tan libre como los pájaros. Además, mis gustos son muy sencillos. Una borrachera de vez en cuando, como de cualquier cosa y no me importa cómo voy vestido.

—Es usted un bicho raro —dijo Van Roosen, mirándole con curiosidad—. Tan raro, que estoy seguro sería un magnífico director de empresa. Tiene usted decisión y sabe lo que quiere. Dos condiciones esenciales para triunfar en la vida.

—Y ¿quién le ha dicho a usted que yo quiero triunfar? Me conformo con lo que tengo.

—Ya me lo dirá el día en que una chica lo cace —dijo el viejo, enigmáticamente—. ¿Sabe usted lo que cuestan las medias de seda?

—El buen Dios proveerá —respondió Fitzgerald, muy alegre—. Si da alimento a los pajarillos, ¿no lo va a dar a un irlandés?

Y riéndose a carcajadas salió del cuarto. Van Roosen movió la cabeza, y luego, sin poderlo remediar, sonrió. Aquel hombre que acababa de salir —pensó— era lo que él no había podido ser nunca: libre. Un verdadero ciudadano libre en la libre América, aun cuando a muchas personas pudiese parecerles solamente un sinvergüenza.

Fitzgerald se encaminó hacia el salón donde estaban las jóvenes. Desde la puerta las contempló a ambas, tan unidas y, sin embargo, tan distintas. Madelon, rubia, con ojos azules, no muy alta y de miembros largos y delgados. Angélica, más redondeada, de cabello y ojos oscuros y piel muy blanca y mate que ninguna impureza manchaba, y cuya tranquila serenidad contrastaba tan violentamente con la actividad ratonil de su compañera. Angélica era una espléndida mujer —pensó, entusiasmado—. Y de pronto, como un aviso, recordó las palabras de Van Roosen. Movié la cabeza no tan incrédulamente como antes y se encaminó hacia ellas.

Las dos jóvenes se volvieron al oírlo. Estaban al lado de la chimenea de troncos que míster Van Roosen conservaba a pesar de la calefacción, y las llamas de los perfumados troncos de alerce hacían brillar las cabelleras de ambas y habían enrojecido sus mejillas. Fitzgerald, que acostumbraba a pensar según lo exigía la ocasión, pensó que estaban tan apetitosas como un par de melocotones maduros. Lo malo es que tampoco sabía callarse.

Y lo dijo. Y ambas muchachas abrieron los ojos como si las hubiesen golpeado. Y el rubor de Angélica alcanzó el tono de un carmín violento.

—Pero, oiga... —exclamó, furiosa, Madelon. Luego, de pronto, se echó a reír—. Es usted una mula —añadió.

—Tengo una excusa: jamás digo algo que no piense. Jamás. Ni aun cuando me golpean los policías.

—¿Qué pasa, que tienen ustedes tantos conciliábulos secretos? —preguntó Madelon, cambiando de tema.

El cumplido era de los que no se pueden admitir en público, pero apuesto a que cualquier mujer lo apreciará en lo que vale. A una mujer le suele dar lo mismo que la llamen melocotón apetitoso que ángel etéreo, siempre que el que se oiga en público sea este último. Pero el caso es el saberse objeto de la atención masculina.

Fitzgerald lo pensó un momento. Pero luego recordó que había luchado en el Ejército de los Estados Unidos.

—Cosas de esas que pasan por ahí. Nada: tonterías de hombres. Me preguntaba acerca de aquella carretera que construí.

—Y por eso tuvo usted que salir a toda prisa, ¿verdad? —preguntó Madelon, molesta—. No lo diga si no quiere.

—Por eso, como no quiero decirlo, no lo digo.

—¡Váyase de mi casa! —le gritó casi la otra. Patrick la miró con curiosidad. La jovencita se había puesto en pie y le señalaba la puerta con lo que ella había creído en una película ser un ademán reglo.

—¡Vaya con «Doña Realeza»! [9]—dijo—. Tengo que hablar con la señorita Tormendi, y no lo vamos a hacer ahí fuera. ¿Qué le pasa? ¿Se le ha subido el dinero de su padre a la cabeza?

Madelon lo miró echando chispas por los ojos. Pareció que lo iba a abofetear, pero de pronto, dando media vuelta, salió corriendo de la habitación.

Pareció que Angélica la iba a seguir, porque se incorporó. Patrick le puso una mano sobre un brazo.

—Déjela, por favor. Quisiera hablar con usted.

Angélica se dejó caer en el sillón nuevamente. Era perfectamente incapaz de llevar la contraria a nadie.

—¿Qué quiere? —preguntó—. No debió decirle esas cosas a Madelon. Es... Se enoja muy pronto.

—Es una niña mimada. Quería... —El gran Fitzgerald, el hombre que jamás se cortaba, se quedó cortado. Los grandes e inocentes ojos de la «prima dona» le miraban fijamente. Tragó saliva dos o tres veces, y luego, con voz perceptiblemente más ronca, prosiguió —: Quería pedirle que... Bueno, ya sabe que ahora estoy «invernando», como yo digo. Quisiera ir con usted un día a cenar y al «cine». Ya sabe que he encontrado un empleo. El viejo Hjerten me da veinte dólares a la semana por arreglarle la biblioteca. Bueno, lo que él llama biblioteca. Por tanto, tengo dinero.

—Tendrá usted dinero hasta que llegue la primavera. Entonces volverá al ancho camino, ¿no es así? —preguntó Angélica, sin sonreír—. Bajo el cielo azul y sobre la verde tierra, sin preocupaciones, libre como el viento o el milano y sin ningún recuerdo.

Y manteniendo bajo el tono empezó a cantar con su voz dulce y llena:

«Love, oh love, oh careless love!  
Oh,  
it's  
love! Oh, love, oh love, oh careless love! You see what  
careless love has done...» [10].

Pero no había ninguna alegría en su voz.

—Después de todo —observó Fitzgerald, después de un momento de silencio un poco penoso—, los dos somos dos pájaros emigrantes. Un día en una ciudad y al día siguiente en otra, por lo que a usted se refiere. No tiene propiamente un hogar, a no ser que venga aquí, a casa de sus padres adoptivos, ya que los suyos murieron. Cuando no, las frías, impersonales habitaciones de hoteles, en las que se hiela uno de soledad, por muy de primera clase que puedan ser. Yo voy por la carretera o por el campo, por la ciudad o por los ríos, viéndolo todo y empapándome de todo. Creo que no salgo perdiendo en la comparación con usted.

Los troncos iban consumiéndose en la chimenea, y a la media luz del cuarto, el fuego enrojecía por momentos. Angélica veía ahora con dificultad la cara, los rasgos de Patrick. La voz de éste también era seria ahora, lo cual resultaba insólito para la joven.

—Pero —objetó ella, cogiendo el atizador y revolviendo

ligeramente en el fuego— yo no seguiré mucho tiempo así. Me gusta cantar y me alegro cuando oigo a la sala aplaudir y cuando recibo las canastillas de flores. Pero sé que todo eso es falso, que no durará para siempre. Un día me retiraré de la escena, y así nadie podrá recordarme como «esa pobre Tormendi, qué bien lo hace a pesar de lo vieja que es». No. Y la retirada será muy pronto. Más de lo que cree mucha gente. Además, me he quedado sin «*partenaire*».

—Cualquiera lo hará mejor que Palasto. Ése sí que es viejo —dijo Patrick, sorprendido—. Usted no es una verdadera artista si piensa así.

—No —reconoció Angélica. Ahora él sólo vela el perfil de la muchacha y las oscuras y pesadas ondas de su cabello, que descendían hasta los hombros. Un perfil muy puro, iluminado por los destellos escarlata del fuego—. No lo soy. En realidad, siempre me he sentido un poco intrusa en el reino del teatro. Es todo tan falso... No tiene consistencia. Cree ver una cosa, y está viendo otra completamente distinta. Como una máscara encima de todo.

—La máscara de la comedia... —dijo Patrick mecánicamente.

Y luego, sin él proponérselo, le vinieron las demás palabras a la cabeza:

—La sardónica risa de la comedia... Es la segunda vez que digo lo mismo y que oigo lo mismo hoy.

—¿Donde? —preguntó ella sin interés. Parecía concentrada en sus pensamientos.

—Es curioso... Pero eso pertenece a la historia que no quise contar a Madelon. Lo siento. La he interrumpido.

—No, si había terminado ya. Eso es todo. Ya ve cómo abandonaré mi vida migratoria. Mientras que usted...

Un tronco medio consumido chisporroteó de pronto y una llamarada surgió de él. Alguna bolsa de gases acababa de incendiarse. A la llamarada sucedió una mayor oscuridad, pero la joven había visto el rostro contraído de Patrick.

—Ave de paso —gruñó.

Y llegaron de nuevo a sus oídos, proféticamente, las palabras de Van Roosen: «Hasta que alguna chica lo cace». Dijo adustamente:

—Sí, eso es lo que soy y lo que seguiré siendo. Pero, bueno, nos hemos enredado en otra cosa. No ha contestado a mi pregunta. ¿Quiere salir una noche conmigo?

Ella volvió la cara hacia él. Parecía una mancha pálida entre la negrura del cabello.

—«Amor descuidado...» —dijo.

El irlandés se sintió furioso con ella y consigo mismo.

—Eso no es contestar. Yo no le he ofrecido amor. Una cena le ofrecí.

—«¡Oh, amor descuidado...!»». Vendría después de la cena, o antes —le respondió Angélica.

—Está bien.

Fitzgerald se puso en pie, y ella lo imitó. Ahora, la estancia estaba casi a oscuras. Algunas chispas volaron chimenea arriba.

—Está bien, sabelotodo. Me imagino que mis trajes no son para presentarse en ninguna parte y que a veces digo demasiado a lo claro lo que pienso. Y ¿quién es el vagabundo Patrick Fitzgerald para ir a «zampar» a un restaurante donde la gente «come»? Y menos con la bella cantante, nuestro famoso astro Angélica Tormendi... Dispensad, majestad.

La joven estaba muy cerca de él.

—«¡Oh, amor descuidado...!» —entonó.

El irlandés ahogó una maldición y la cogió por ambos brazos.

—Es usted una perversa gata —le gritó al oído—, y algún día alguien le dará su merecido. ¿Dónde están esos angélicos modales? ¿Y esa inocencia? Me está usted buscando las cosquillas, porque yo no me he declarado a usted. Pero no piense tampoco que lo voy a hacer. ¡No! Nadie podrá pescarme a mí con ese estúpido truco. ¡Nadie!

Dió media vuelta y echó a andar hacia la puerta. Es decir, dió dos pasos. Una mano le cogió por la manga y trató de retenerlo. Se paró.

—¿Qué quiere ahora? ¿Divertirse? —dijo—. El pobre trotamundos enamorado de la famosa cantante, pero renunciando a ella en persona para ofrendarle su amor sencillo y respetuoso a distancia. ¡Narices! —añadió groseramente—. Eso no lo verá usted, porque ahora mismo me largo de aquí.

Oyó un sonido tan cristalino, tan dulce, que le cortó la respiración. Era una especie de murmullo. ¿Quién no se ha enamorado de una locutora de radio oyendo su voz? Pues era algo así; sólo que la locutora puede resultar fea o con granos en el rostro,



## VIII

### «EL OJO DE JEHOVA»



A insignia fué enviada a Washington en el primer avión, y apenas llegó a los laboratorios, los técnicos empezaron a trabajar con ella. Cuando la devolvieron al inspector federal, el informe emitido era el siguiente: «Objeto de plata repujada y coloreada, copia de la máscara de la comedia, de media pulgada de ancho por media de largo. El trabajo, muy finamente realizado a mano, no es americano. Investigado, Policía federal mejicana nos comunica que tampoco es de aquella nacionalidad. Paris informa que una casa de novedades hizo una

tirada de semejantes objetos en 1932, vendiendo doscientos. Pero se vendían juntamente con otra insignia que representaba la máscara de la tragedia, una para cada solapa, susceptibles también de ser soldadas mediante una cadenita de plata para sujetar los puños de la camisa. El objeto en cuestión no tiene señal alguna de soldadura, lo que, unido al pasador final, hace seguro que su uso haya sido el de la solapa. Todos los objetos se vendieron a pares. Búsquese, pues, al dueño del otro, parejo a éste. Naturalmente, la casa francesa no guardó nota de quién compraba los objetos».

Eso era todo.

Burgoyne lanzó el Informe sobre la mesa y se puso a reflexionar concentradamente. Ya es conocido el «snobismo» de ciertas clases sociales en todos los países del mundo. Montañas de objetos sin otro valor que el de estar expuestos en el escaparate de cualquier tienda lujosa son comprados por esa gente, la cual no tiene una idea muy clara de para qué le va a servir. Pero...

Burgoyne recordó esas banderitas que se venden en todas partes, fabricadas en pasta o metal, que muchos turistas llevan en sus viajes por el extranjero. Ésas sí tienen utilidad. Lo mismo que los emblemas de los Clubs en las solapas o esas corbatas inglesas con los colores de las diferentes Universidades o regimientos militares. ¿No podría ser que aquella insignia no fuese tal, sino «un emblema»?

Se agitó en la silla. Por ahí no iba a ninguna parte. Podía haberse caído del bolsillo de cada uno de los cuatrocientos o quinientos comensales del restaurante. ¿Por qué pensar que era propiedad del asesino? Aquello no tenía pies ni cabeza, se mirase como se mirase.

Se puso en pie y paseó por su despacho, agitando la calderilla en los bolsillos del pantalón. Empezaba a dolerle la cabeza de tanto pensar en aquello. Y entre tanto, un hombre, con la pieza prototipo, se escurría por alguna parte de la ciudad, dispuesto a vender o a llevarse el objeto a otro sitio o a otro país.

Ahora sí que tenía la seguridad de que no había salido. Aeródromos, carreteras y ferrocarril estaban tan vigilados, que ni una rata podría atravesar las mallas de la Policía. Ni una rata. Y ése era el único consuelo que se quedaba: que aún estaba el chisme en la población.

—¡Cielos! —murmuró, parándose—. Aunque tenga que registrar casa por casa, tengo que encontrarlo.

El

F. B. I.,

tiene actualmente poderes para registrar cualquier casa sin necesidad de mandamiento judicial, pero entonces aún no se había firmado esa disposición. Claro que los jueces suelen tener la manga un tanto ancha cuando se trata de la defensa de la nación.

Y pulsó un timbre.

Míster Rudolf Levin era un cazurro. Muy inteligente, como casi todos los de su raza; pero un cazurro. Cuando abandonó Alemania, hacía cuarenta años, ya llevaba en sí los gérmenes del ahorro, puesto que en dicho país no permitían apenas que los judíos se dedicasen a otra cosa que no fuera el ahorro y el préstamo. Se cuentan muchos chistes acerca de la avaricia judía y de su zorrería en los negocios, pero todos ellos eran pálidos reflejos de míster Rudolf Levin cuando se proponía ahorrar.

Al cabo de cuarenta años en los Estados Unidos había logrado una magnífica casa de compra-venta, con una joyería al lado; joyería que también le pertenecía a él. Y en el Banco, una cuenta que sobrepasaba los dos millones de dólares. El hecho de tener un sobrino que le había salido calavera no consiguió hacerle gastar ni un céntimo más de lo que él se proponía. Por último, el sobrino, hijo de su hermana, la cual se había casado con un anglosajón, se largó de su lado, y aun cuando el viejo lo sintió, porque había cobrado cariño al rapazuelo, ni aun eso le hizo aflojar la bolsa, ya que los padres del jovencito Bertie habían muerto hacía tiempo.

Cuando su cliente, el dueño del restaurante económico de la calle Burlap, le llevó aquella pieza, él la creyó plata también al principio. Hasta que la examinó con un poco de detenimiento. Decir que los ojos del viejo judío se abrieron desmesuradamente sería mentira. No sus ojos físicos, sino los del alma, fueron los que se redondearon. Cinco libras de platino. Allí podía tener una ganancia líquida de... Y empezó a elucubrar ordenadamente sobre lo que podría sacar de aquella pieza una vez la hubieran convertido sus operarios en sortijas, camafeos y colgantes. Claro que le haría una cadena de plata al cliente y le devolvería lo que le sobrara... en

plata, lo cual era muy distinto.

Aquella noche, míster Rudolf Levin estuvo hasta casi las once pensando en el negocio aquel. Lo menos cincuenta mil dólares podría sacar de la pieza.

—Curiosa manera de moldearla —dijo, mirándola con amor—. Seguramente, algún joyero ha querido liquidar su existencia fundiéndolo todo, y para ello ha cogido algún molde de los que se emplean en mecánica. Si no, no me lo explico. Y este agujerito..., ¿qué diablos será? Y la ranura. En fin... Inescrutables son los caminos de Jehová —se acordó de su indigno siervo e hizo un guiño picaresco a su sombra, que se reflejaba en la pared de atrás. Luego oyó el ruido.

Su vivienda era el piso de arriba de la tienda de compra y venta. Sus empleados, tanto los de ésta como los de la joyería, se marchaban a las nueve, ya que el viejo avaro les pagaba horas extraordinarias, a espaldas del Sindicato, para que siguieran trabajándole y poder ganar buenos billetes. Pero a partir de las nueve toda la casa quedaba vacía. Tenía una sirvienta negra que iba solamente por las tardes, y se alimentaba de una manera exclusiva con conservas, que le salían más baratas que cocinar cualquier cosa. Pero conservas baratas. Había un almacén en la Koningin St., que vendía conservas ligeramente pasadas de fecha a las harapientas colonias griega y armenia. Bueno, pues él se llevaba su carrito de la compra, compraba un buen lote de salmón, arenque, carne y alubias en latas y se las llevaba. Con aquello y el pan iba tirando por lo menos un mes. Era un caso clínico. Esa de las conservas frías fué una de las causas de que su sobrino Bertie lo abandonase.

El ruido no era para alarmar a nadie. Sencillamente, que alguien llamaba a la puerta de la calle. No fuertemente, sino de una manera débil, con sordina.

El hebreo se levantó y se acercó a la ventana. Alzando los visillos, pudo ver que había un hombre con gabán y sombrero parado en la acera y mirando hacia arriba. Rudolf Levin era naturalmente curioso, y sabía que incluso a aquellas horas era conveniente enterarse de lo que quiere el que acude a nuestra casa.

Abrió la ventana, arropándose en su vieja bata, que le hacía parecerse a un personaje de Balzac, y asomó la cabeza, tocada con el gorro de seda negra.

—¿Qué quiere? —preguntó—. La tienda está cerrada.

—Deseo comprarle algo —dijo una voz ronca.

—¿Qué?

—No puedo decírselo aquí. ¿Quiere dejarme pasar?

La zorruna mente del judío Levin estaba trabajando lenta, pero seguramente. No sentía ningún deseo de encontrarse solo en la casa junto con aquel hombre ni junto con nadie. Si bien tenía mucho dinero en el Banco, también tenía objetos valiosos en su casa.

—Vuelva mañana. No puedo abrir a estas horas.

—Es muy importante —insistió el hombre de la voz ronca.

—Lo siento. Vuelva mañana.

—¡Ábrame!

El hombre parecía muy impaciente. Aquello acabó ya de amoscar al judío.

—No. Vuelva mañana. Abro a las ocho.

Y cerró la ventana. Aún le llegó la voz del otro, que gritaba desde la calle; pero no hizo ningún caso. Encendió la luz de su cuarto y se preparó para meterse en la cama. Al cabo de unos minutos dormía intranquilo, por aquellas continuas pesadillas que lo atenazaban desde que su sobrino se marchara llamándole avaro y asegurándole que Jehová lo castigaría y que de nada le serviría en el cielo el dinero amasado en la tierra. Era una especie de semivela.

Crujió una madera del entarimado de la vieja casa al invisible paso de la carcoma. Por el agujero de un vidrio penetró un soplo polar que hizo moverse un biombo. El ruido que hizo el objeto al arrastrarse por el suelo era muy parecido al que hubiera podido producir una serpiente reptando sobre el vientre.

El viejo despertó.

Por entre un jirón de nubes asomó la luna y un rayo plomizo penetró por la ventana. Luna llena, redonda, manchada de oscuro. La luna a la que temen los locos y a la que aúllan los perros.

Rudolf tiritó, friolento, sin poder apartar los ojos de aquel disco, recordando los temores de su padre y de su abuelo cuando aquella luna excitaba a los campesinos polacos, a penetrar en los «ghettos», robar a las muchachas y crucificar a los hombres.

Se envolvió más aún en la manta, con los ojos muy abiertos. Nunca hasta ahora le había acometido aquel temor. Debía de ser por causa de la pesadilla, pensó, encogiendo las flacas piernas,

tratando desesperadamente de sobreponerse a esa cosa absurda.

Aquella luna... no acababa de esconderse de nuevo entre las nubes. Parecía un ojo gigantesco, blanco, «abierto en el cielo». Un ojo que lo estuviese mirando a él fijamente, sin parpadear. Al sobreexcitado cerebro de Rudolf acudió de golpe la frase: «Allí, en la sombra, estaba el ojo de Jehová». Caín espiado por Jehová. El ojo de Dios siempre sobre él [11].

En estado normal, Rudolf Levin se hubiese reído de todo aquello. Pero después de una pesadilla en la que se había visto perseguido en una frondosa selva por un ser mixto de carnero y de hombre, con unos espantosos cuernos retorcidos y un cartel luminoso entre ellos con las palabras fatídicas: «Posché-isroel» [12], no.

Ahora estaba francamente aterrado. Entre la pesadilla y aquella luna turbadora lo hablan soliviantado. No sabía qué hacer, si taparse la cara con las sábanas o saltar de la cama, encender todas las luces y procurar tranquilizarse con una copa de «*kirsch*».

Pero para levantarse tendría que apartar las sábanas y mantas, y pasaría frío... Otra vez aquel maldito ruido. La carcoma, sí; ese invisible insecto que todos conocen, pero..., pero que a la medianoche puede convertirse en un verdadero horror.

Por cierto que... la carcoma no chirría. Cruje. Habría una carcoma especial que producía aquel ruido.

La luna... Y luego, el ruido. Rudolf, completamente perdida la moral, abrió la boca para lanzar un chillido, y el disco plomizo empezó a desaparecer tras un amontonamiento de nubes. La boca se le cerró con el leve chasquido de un cepo. Pero ahora venía también el horror de la oscuridad absoluta. Del no ver nada. Ni siquiera aquel ojo...

No pudo resistir más. Se tiró de la cama, tiritando, y corrió a coger su batín. Se envolvió en él y encendió la luz. Al instante, sus terrores desaparecieron. No hay misterio alguno en la luz eléctrica iluminando un cuarto sucio y maloliente.

Pero el ruido seguía. Durante un momento en que sus dientes dejaron de castañetear pudo sentirlo. No era carcoma. «Algo» se movía en el piso de abajo.

Tragó saliva, abriendo mucho los ojos; pero ya la cosa no era tan horrible. Lo espantoso era esperar en la oscuridad y que la luna

brillase enfrente de uno. Lo demás, el aspecto material del peligro, le asustaba menos.

Prestó oído, con el corazón palpitante. Efectivamente, además del silbido del viento por los agujeros de las ventanas, se oía una especie de chirrido continuo. Con toda clase de precauciones, asustado, sí, pero más tranquilo que cuando estaba en la cama, se dirigió a la puerta del cuarto, la abrió y se puso a escuchar en el pasillo, oscuro y barrido por el viento.

Ahora lo oía con más claridad. Era en el piso de abajo, donde tenía la trastienda. Seguramente que allí había alguien tratando de abrir el ventanuco de aquélla. El que fuera lo hacía con poca maña, ya que armaba demasiado ruido. El judío, más tranquilo ahora, se acercó a la escalera y completamente en silencio empezó a bajar los escalones.

Naturalmente que llamaría a la Policía, porque para eso pagaba los impuestos; pero... el teléfono estaba en la tienda, en el piso de abajo. Tenía, pues, forzosamente, que bajar al sitio en el cual estaban tratando de entrar. Cuando llegó al final de la escalera se paró, con el corazón palpitante. ¿Y si el intruso había entrado ya en la casa? ¿Y si le esperaba detrás de uno cualquiera de aquellos heterogéneos objetos de la compraventa?

Pero oyó de nuevo el chirrido. Y en aquel momento volvió a salir la luna, asomándose entre las nubes. Al instante, toda la tienda cobró un aspecto fantasmagórico, lleno de sombras y luces cambiantes cuando el viento movía algo. Rudolf sintió que volvían a él aquellos primitivos, irracionales terrores. No tenía que dar más que unos cuantos pasos para alcanzar el teléfono, pero sus piernas se negaban a avanzar; miraba hipnóticamente al manchado disco. El biombo se movía con ruido de reptil y dos viejas bandejas chinas chocaron argentinamente una contra otra, causándole un estremecimiento que apenas pudo controlar. Estaba recayendo de nuevo en el más horrible de los espantos.

El teléfono... Sí, claro, el teléfono; pero había que llegar hasta él. Y el chirrido había cesado. ¿Por qué no habría tratado bien a su sobrino? Ahora, aquel muchachote, hijo de un americano, estaría junto a él y se reiría de sus temores. Y si trataba de entrar algún desconocido ladrón o asesino, él lo impediría. Pero él, Rudolf, era un anciano débil... ¡Ah, si estuviese allí su sobrino!...

Sin que supiera en realidad cómo, se vió andando como un somnábulo hacia el aparato telefónico. Un paso, dos pasos, tres... ¿Por qué no continuaría aquel chirrido indicador de que el que fuese todavía tratabas de entrar? ¡Oh, aquella luna, que lo llenaba todo de sombras que se movían!...

Llegó hasta el aparato, y entonces, espantado, se dió cuenta de que no recordaba el número de la Seccional de Policía. Y... había uno, general, desde el que le llegarían auxilios; el de la Central. Pero... ¿cuál? ¡Oh, Jehová Todopoderoso!

Era... Empezaba con el número 1 y seguía una letra... ¿W? Sí, eso era: una doble uve. Pero luego...

Empezaba el chirrido de nuevo. Sólo que... La oleada de pánico lo clavó al suelo cuando hubiera querido echar a correr. El chirrido era distinto ahora. Muy distinto. Sonaba más cerca, más bronco, más amenazador.

Mareó el número uno y la doble uve, y entonces, automáticamente, acudieron a su mente los restantes. Un tres y un cuatro. Los marcó, y casi al momento, una voz seca y autoritaria preguntó qué deseaba.

—Spinoza, seiscientos treinta y cinco —dijo, Jadeante, desorbitados los ojos, sin atreverse a mirar a su alrededor—. Policía, hay ladrones, asesinos...

El ojo de Jehová tenía brazos también. Rudolf los vió cuando se acercaban a él. Lanzó un penetrante grito, soltó el auricular e intentó correr. Pero Jehová no lo dejó. Un golpe seco paralizó su impulso, y sintió que la cabeza se le llenaba de niebla. Las rodillas se le doblaron y cayó al suelo.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece una original Colección titulada

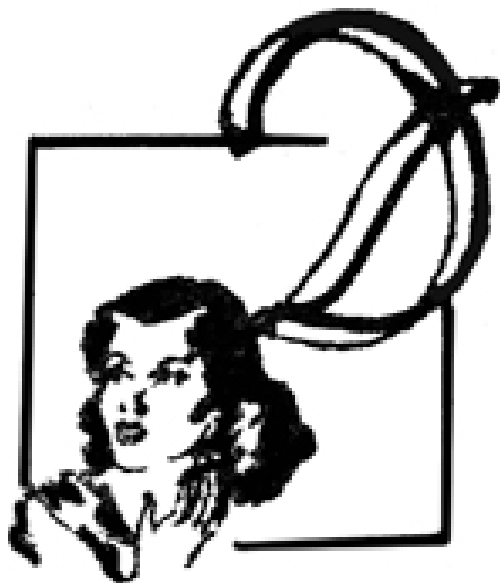
**NOVELISTAS DE HOY**

Una serie de novelas *inéditas* escritas por  
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,  
CELA, INSUA y otros de igual fama, al  
precio ínfimo de CINCO PESETAS

## IX

### ENTRE ESAS BRUMAS...

O. C. Tavin.



ECIR que míster Patrick Fitzgerald estaba eufórico hubiera sido decir muy poco. Estaba, sencillamente, literalmente, a punto de estallar. Jamás le había ocurrido nada parecido. En cierta ocasión, una chica de Iowa, rubia y germánicamente saludable y gruesa, se empeñó en casarse con él. Pero lo hizo de una manera vacuna, con gestos terneros en sus tostadas facciones y con tiernas miradas de rumiante. Al menos, esto es lo que decía Fitzgerald, el cual desde entonces había

cochado una injustificada aversión al género bovino.

Pero lo de ahora... Bueno, lo de ahora era, sencillamente, maravilloso. Era... No se puede explicar. Al menos, no podía él. Pero, en cambio, sí hubiese podido definirlo perfectamente mister Van Roosen. «Estaba cazado». Laceado, marcado al fuego, y... ahora era propiedad exclusiva de Angélica Tormendi, la «prima donna».

Claro que aún no había tenido tiempo de darse plena cuenta de lo que significaba aquello. Por ahora, lo único que sabía es que los labios de la joven habían buscado los suyos, que las mejillas de ambos habían permanecido mucho tiempo pegadas una a otra y que había respirado el débil perfume a lavanda que flotaba sobre la cabellera de la italiana, como un halo. Y que los ojos de ella habían brillado a la luz del moribundo fuego. Y que había ceñido la esbelta cintura con su brazo, al besarla. Seamos sinceros. Cualquiera hombre en su caso se comportaría exactamente de la misma manera que él lo hacía cuando caminaba por la calle de Spinoza en dirección a su hotel, un hotel de ínfima categoría en el que podía dormir por tres cuartos de dólar diario, y en el que no paraba más que para dormir.

El hotel estaba situado en una callejuela que daba a Spinoza, algo alejado de ésta. Esto, y su estado de enajenación mental, causado por el amor compartido, fueron los culpables de que no viera al hombre.

Lo único que supo fué que había tropezado con alguien que salía de algún sitio, de la misma pared, le pareció. Un hombre alto, envuelto en un gabán oscuro, y que le empujó violentamente, al doblar él la esquina.

—Dispense, amigo —dijo magnánimamente Fitzgerald, que en otra cualquiera ocasión hubiera empezado una animada discusión sobre cuál de los dos había empujado al otro.

El hombre, que ya había echado a andar, quedó parado al oír la palabra. Luego se volvió. Allá lejos se oyó el ulular de una sirena que se acercaba por la avenida Rutland. Y entonces, Fitzgerald se dió cuenta de que en la mano del tipo aquel había algo que brillaba. Un arma, algo. La otra mano la tenía ocupada sujetando un paquete, parecía, porque, en realidad, estaba muy oscuro para distinguir exactamente lo que era.

—¿Qué...? —empezó a decir.

Pero no pudo acabar. Se oyó un leve «plop», como el que

hubiera podido producir un salivazo contra el suelo, y él sintió un candente dolor en la cadera. Por un impulso que jamás podría decir en lo sucesivo si fué meditado o no, se tiró al suelo. Y entre sus sensaciones imperaba la sorpresa. Sorpresa de haber sido atacado a tiros cuando él no había hecho sino tropezar, pero, además, había pedido perdón.

Desde el suelo vió cómo el cañón del arma bajaba buscándolo, y, un poco asustado ya por su posición precaria y por aquella obsesión de asesinarle, rodó sobre sí mismo, casi hasta los pies del otro. A pesar del dolor de cabeza, consiguió asirse a una de las pantorrillas y dar un brusco tirón hacia sí. La pistola volvió a hacer aquel ruidito, y esta vez fué en su pierna en la que sintió la mordedura de la bala. Aquel hombre quería eliminarlo fuese como fuese.

La sirena sonaba mucho más cerca, a la derecha. Debía haber torcido por Avellaneda y venía hacia Spinoza. Hizo más presión sobre la pierna y sintió la satisfacción de ver al otro caer al suelo. Curioso: algo en su enemigo hizo un ruido metálico y rodó fuera de la acera. Entonces, haciendo un violento esfuerzo, trató de montarse sobre el asaltante, pero no lo logró, porque el dolor de la cadera era cada vez más fuerte y porque el otro no estaba herido.

Y la sirena seguía sonando cerca, cada vez más cerca. Fitzgerald vió alguna posibilidad de salvación si aquella sirena pertenecía a un coche policíaco o una ambulancia. Cualquiera de los dos le serviría si aquel vesánico —no podía llamarlo de otra manera— no lo mataba antes.

Sus labios chocaron dolorosamente contra algo duro, un tacón de zapato, seguramente, y la boca se le llenó de sangre. Entre ello y el dolor de sus dos heridas, sintió que la cabeza le fallaba. Una niebla espesa se interpuso entre sus ojos y los objetos, mientras oía la sirena muy cerca y pitidos de agentes. Luego, por fin, perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró estaba en el hospital. Una enfermera semita, de larga y ganchuda nariz y ojos inteligentes, se inclinaba sobre él. Le dolía todo el cuerpo, como si cincuenta caballos salvajes le hubiesen pasado por encima, y cada vez que intentaba mover los labios, notaba una desagradable sensación de quemadura.

—No se ponga nervioso —le dijo la enfermera—. El doctor vendrá en seguida.

—¿Qué me ha pasado?

—Lo recogió la Policía, cuando llegó a una casa. Es lo único que sé. Un inspector del Gobierno lo espera para ver lo que le dice. ¿Cree usted que podrá decirles algo?

—Hágale pasar —dijo Fitzgerald, resignado—. Y avise a la señorita...

—Ya está —le aseguró la otra, con una sonrisa en su feo rostro—. Si no ha hecho más que aguardar...

El inspector Burgoyne, de la División Federal, entró en el cuarto. Al abrirse la puerta, Fitzgerald oyó voces en el vestíbulo y entre ellas reconoció la inconfundible de Angélica Tormendi.

—Que pase Angélica —pidió perentoriamente.

—Después —dijo el inspector. Parecía muy cansado y no se había afeitado. Alrededor de los ojos, unos círculos violeta oscuro hablaban de su falta de sueño—. ¿Sabe qué hora es?

—No.

—Las nueve de la mañana. Ha estado usted sin conocimiento ocho horas.

—Buen «récord». ¿Quiere hacerme el favor de permitir a mi prometida que pase?

—¿Su prometida? —El rostro de Burgoyne reflejaba la mayor sorpresa—. Creo que aún no está usted en sus cabales. El golpe fué peor de lo que yo me imaginaba. Tiene usted un balazo en una pierna y otro en la cadera y ha perdido mucha sangre. Le han hecho una transfusión y lógicamente, usted debería estar durmiendo y recuperando fuerzas.

—Angélica Tormendi es mi prometida —declaró Fitzgerald sin hacerle caso—. Vaya haciéndose usted a la idea. Y ahora...

—Escuche, Fitzgerald. Necesito saber quién es el hombre que lo atacó.

Los ojos del irlandés se endurecieron.

—No lo sé, pero le juro que si alguna vez se pone a mi alcance sin armas, lo voy a partir en dos.

—Cuéntemelo.

—Tropecé con él... Sí, eso fué. Tropecé y le dije lo que se dice siempre en estos casos: «Dispense y tal». Y él, que ya se marchaba, se volvió de pronto y disparó contra mí.

—¿Quiere decir que... él se marchaba ya y al oírle hablar se

volvió?

—Eso mismo. Sin ninguna provocación por mi parte. Y ¿sabe? Me dio la impresión, al tropezármelo, de que salía de una casa, la de la esquina, pero no por la puerta, ya que la puerta, me he fijado bien en otra ocasión, está en la calle Spinoza, no en el callejón, sino..., bueno, por algún hueco.

—Si —dijo el inspector, gravemente—. Salía por un ventanuco después de haber matado a un viejo hebreo que regentaba la chamarilería. Recibimos una llamada del viejo; la Policía la recibió, y fué allá, encontrándolo a usted en la calle y al anciano en la casa, muerto de un tiro.

—Y ¿qué le interesa a usted eso?

—Nada, sino que el hombre que lo atacó llevaba consigo la pieza que robaron.

Fitzgerald lo miró con asombro.

—Sí, la llevaba. Encontramos un pequeño trocito del material de la pieza, en la calle. Se le debió caer y el metal, que no es demasiado duro, se partió. Cómo diablos llegó la pieza a manos del prendero, es algo que no puedo concebir, pero quizá fué el dueño del restaurante quién se la vendió, o lo que fuera. El caso es que volvemos a estar como antes.

—Eso ya es cosa suya. Pero si pesca al tipo, tráigamelo. Herido y todo como estoy, creo que podría darle algo que le obligara, a recordarme para toda su vida. Disparar sobre una persona sin la menor provocación...

El inspector se había quedado repentinamente serio, mirando a Fitzgerald.

—Escuche, ¿tiene usted enemigos en esta ciudad? ¿Gente capaz de asesinarlo?

—¿Yo? Usted está loco. Ese individuo, lo que pasa es que es un maniático, y nada más.

—No, no es ningún maniático. Es un hombre que mata a todos los que se ponen en su camino, porque quería conseguir la pieza fuese como fuese. Veamos... —El inspector parecía haberse olvidado de que estaba hablando con él. Parecía dialogar consigo mismo—. El ingeniero de la factoría nos dijo que era un individuo que hablaba siempre en voz baja. Pero una vez lo hizo en voz alta y tenía ésta muy fuerte. A usted lo atacó —no cabe duda de que es el

mismo— al oír su timbre de voz. ¿Quién conoce usted aquí capaz de asesinarlo? Vamos, alguien tiene que haber.

—No forzosamente. Puede conocerme de algún otro sitio... Yo he corrido mucho por ahí.

—Puede ser, pero no lo creo. Parece el hombre fantasma. Le hemos estado persiguiendo durante toda la noche, y siempre se nos ha escapado entre esa especie de brumas que parecen ocultarlo. El hombre fantasma... —se cortó bruscamente—. ¡Cielos, imbécil de mí! Merecería que me diesen de patadas por esto mismo.

Su rostro se había transfigurado. Ya no parecía el mismo hombre cansado de antes. Era un hombre joven, fuerte y dinámico otra vez.

—Gracias, Fitzgerald. Ahora mismo haré que pase la señorita Tormendi. Tengo la solución. Pero antes voy a hacerle una pregunta.

Y salió. Fitzgerald se encogió de hombros y esperó la entrada de su prometida.



## LA RISA SARDONICA

### DESAFIO AL LECTOR

Lector:

Ya tiene usted en su mano todos los hilos del misterio del caso de la pieza prototipo. Un misterio, por otra parte, que no tiene nada de falso. En una ciudad de los Estados Unidos, que llamaremos X, un ingeniero judío robó una pieza necesaria para la construcción de las pilas atómicas. La realidad, siempre más increíble que la más robusta imaginación de cualquier novelista, hizo que aquella pieza fuese pasando de mano en mano hasta que, por fin, los activos agentes del Federal Bureau of Investigation la encontraron.

El resto de la novela es fruto de mi imaginación. Pero el conocimiento que tengo de mi público me anima a una pequeña fantasía: hacer que sea el mismo lector quien averigüe la identidad del hombre que se ocultaba en la sombra y que en la sombra mataba. En manos de usted, lector, está todo cuanto pueda llevarle al esclarecimiento del asunto. Todo ello lo ha leído con anterioridad en estas mismas páginas que ya pasaron. Adelante, pues, y mucha suerte.

Y, otra cosa más, para los lectores especialmente impuestos en estas novelas: ¿Cuál es la pregunta que el inspector Burgoyne ha de hacerle a Angelica Tormendi?

*Frank C. McFair.*

## LA PREGUNTA



ANGÉLICA Tormendi levantó los ojos cuando vio al inspector federal delante de ella. Se advertía con claridad que había llorado, aun cuando se esforzaba bravamente en disimularlo.

—¿Cómo sigue? —pregunto—. ¿Puedo pasar a verlo?

—Dentro de unos momentos —respondió el inspector, observándola atentamente—. Antes quisiera hacerle una pregunta.

—Dese prisa, por favor.

Madelon van Roosen y *mistress* Van Roosen acompañaban también a Angélica. Un poco más allá se veían, alejados

discretamente, algunos de los coristas de la compañía de óperas. Para todos ellos había sido una noticia extraordinaria la de que Angélica estaba prometida. Aquella misma mañana se habían enterado, porque la joven no trató siquiera de ocultarlo.

—Sí, dese prisa —coreó Madelon. La sangre de la chiquilla hervía bulliciosamente. Con esa especial intuición de las mujeres, había adivinado hacía varios días que Angélica estaba siendo desazonada por aquel trotamundos irlandés, se estaba enamorando de él. Y los romances de amor han atraído, atraen y atraerán siempre a las jovencitas y a las mayorcitas.

—¿Ha estado usted con su compañía en París?

—Hombre de Dios —intervino Madelon—. ¿Cree usted que hay algún cantante de ópera medianamente bueno que no haya estado, no una, sino muchas veces? Es usted tonto negado. ¿Quiere dejarnos que pasemos...?

El inspector no le hizo maldito el caso, lo cual era la única manera de tratar a Madelon cuando se ponía en ese estado. Siguió mirando atentamente a Angélica, que asintió:

—Sí, varias veces.

—¿Conoce esto?

Y sacó rápidamente la mano del bolsillo. En la palma de la mano brillaba un objeto menudo. Angélica se inclinó sobre él.

—¿Qué ocurre con esto? ¿Dónde lo ha perdido?

—Dónde lo ha perdido..., ¿quién? —preguntó Burgoyne astutamente. Angélica lo miró sorprendida, y luego, una nueva luz brilló en sus pupilas. La luz de la comprensión.

—No, nada, nunca he visto eso.

El Inspector se irguió.

—Miss Tormendi —dijo con seriedad—: hay un hombre en la cárcel, condenado por un delito que le obligaron indecentemente a cometer. Hay una pobre muchacha, apátrida, cuya corta existencia ha sido bien injustamente atormentada. El hombre que tiene la culpa de eso debe caer en manos de la justicia. Sobre él pesan ya dos crímenes y una tentativa de asesinato, cometida en el hombre que yace al otro lado de esa puerta. Dejo en sus manos el resto.

Angélica parecía acongojada. Bajó los ojos al suelo, y, por fin, mientras Madelon, olvidada, la cogía por el brazo para hacerla hablar, dijo:

—Tiene usted razón, inspector Burgoyne. Él tiene los dos. Es decir, ahora sólo le queda uno, la de la máscara de la tragedia, según veo.

—Está segura, ¿verdad?

—Sí, inspector. Lo siento.

—Yo, no. Dentro de muy poco tiempo lo tendré entre rejas.

—Si alguien no me explica lo que pasa aquí y qué es esa conversación tan misteriosa, empezaré a gritar —exclamó Madelon, enfurecida.

—Ya lo sabrá usted todo, señorita Van Roosen dijo el inspector, mientras *mistress* Van Roosen procuraba calmar a su hija. —Pueden ustedes pasar. Yo tengo algo que hacer.

Y las tres mujeres entraron en la habitación del vagabundo irlandés.

Burgoyne salió rápidamente del hospital y se encaminó a su coche. Una torcida sonrisa desfiguraba su boca, de enérgico trazo.

Desde allí se dirigió directamente a la Jefatura de Policía y se reunió con los inspectores que habían llegado de Washington y con algunos de sus ayudantes. La reunión duró diez minutos, e inmediatamente que acabó, el telégrafo empezó a funcionar. Dos horas más tarde. Washington comunicaba de nuevo con ellos. Los informes hicieron sonreír a Burgoyne y un buen y honrado suspiro, de trabajo cumplido, se escapó de su pecho.

—Ahora —dijo a los otros—, adelante.

El hombre del gabán oscuro y del sombrero calado hasta las orejas se detuvo en seco ante una de las raras droguerías que quedaban abiertas durante la noche. Luego entró en ella. Un soñoliento encargado se dirigió a él.

—Un *whisky* doble —dijo el hombre. Y procuró envolver mejor en el gabán el objeto que llevaba debajo de él. Al hacerlo, tocó el chisme y palideció. Sin preocuparse de la presencia del camarero, lo sacó y lo miró.

Un trozo esquinal de la parte superior de la ranura que hacía al objeto asemejarse al pistón de un coche, había saltado, sin duda, en la lucha que había sostenido con aquel maldito irlandés. Se veía perfectamente dónde acababa la pulimentada superficie del exterior y empezaba otra ligeramente rugosa.

El hombre gruñó en voz baja y el mozo se volvió hacia él. Pero al ver que no parecía hacerle caso, le sirvió el *whisky* y volvió a dormitar de nuevo. Pero antes:

—Parece que anda muy excitada esta noche la «Poli» —dijo—. Ya he oído varias veces las sirenas.

Un gruñido fué la respuesta. Luego el hombre dejó una moneda de cincuenta centavos encima de la mesa y salió a la calle. Una espesa nevada empezaba a caer en aquel momento e iba agarrando en la tierra. Apenas se veía a un par de pasos.

Rápidamente se dirigió hacia una casa de la calle Rudolf Van Roosen. Andaba de prisa, con cuidado. Cualquier noctámbulo sería detenido e interrogado por la Policía aquella noche, y no quería exponerse.

Una de las veces se cruzó con un coche policiaco, pero se metió en el quicio de una puerta y consiguió que la luz del faro que el automóvil llevaba en el techo no se posase sobre él.

Cuando llegó a la casa, subió de prisa los tres escalones y llamó con suavidad a la puerta. No tardaron ni diez segundos en abrirle, y ya era tiempo, porque otro coche patrullero se acercaba a toda la velocidad que le permitía la nevada.

En la sala en que fué introducido sólo había una mesa y un par de sillas. Y todo estaba lleno de polvo. Un hombre, con un gabán de cuello de piel y con sombrero blando, se apoyaba en la mesa, mientras fumaba un cigarrillo.

—Bien —dijo.

—Aquí está —respondió el asesino—. Pero algo le falta. Tuve que luchar para conseguirlo, y se cayó. Un trozo de uno de los extremos ha saltado.

El segundo hombre cogió la pieza prototipo con ambas manos y la examinó atentamente, dándole vueltas en uno y otro sentido.

—No creo que tenga demasiada importancia —dijo—. Pero creo que usted ha hecho lo posible. No obstante, ¿sabe que no tardarán en cogerlo si sigue aquí?

—¡Bah! Ese peligro no me preocupa. Nadie podría relacionarme con el robo de esta pieza. Ya lo ve. Meyenthal no pudo decirles nada en absoluto acerca de mí.

—¿Está usted seguro? Bien, allá usted. ¿Cuándo quiere cobrar?

—Dépositenlo en mi cuenta corriente. Quedamos en tres

millones.

—Sí, en ello quedamos. Y, otra cosa. Si por casualidad lo cogiese a usted la Policía, ¿recuerda lo que tiene que hacer?

El hombre del abrigo de cuello de piel era alto y grueso. Sus rasgos recordaban un poco a los de un perro dogo, pero sus ojillos brillaban con la luz de la inteligencia. El inglés que hablaba era perfecto, demasiado perfecto para un americano.

El asesino movió la cabeza.

—No se preocupen ustedes, porque eso no sucederá.

—Bien; pero recuerde que, aun en la cárcel, nuestro brazo lo alcanzaría. Y siempre es preferible pasar quince años en una cárcel americana que morir... como podría usted morir.

—Le digo que no se preocupen.

—Y, a propósito, ¿quién era ése con quien luchó usted?

—Bah, un imbécil. Tenía una cuenta pendiente con él. Pero tuve que matar a dos personas, por manos de las cuales había pasado el objeto en cuestión. No es demasiado tres millones, teniendo en cuenta que he tenido que matar dos veces o tres, no estoy seguro.

—¿Un hombre con el que tenía usted pendiente una cuenta? Pero entonces, ¿era un extraño?

—Sí.

—Mal hecho, amigo mío. Muy mal hecho. Si el hombre no muere, podrá reconocerlo a usted por ese detalle.

El asesino se echó a reír.

—¡Bah!... —Hizo. Se había desabrochado el abrigo y se interrumpió de pronto. El hombre del cuello de piel lo miró con curiosidad al ver cómo se examinaba atentamente la solapa de la chaqueta.

—¿Qué le ocurre?

—Oh, nada. Que he perdido algo, pero no tiene importancia.

—Lleve cuidado —una sonrisilla irónica jugueteaba en los labios de su interlocutor—. Lleve cuidado, querido. Aún es usted un poco nuevo en este juego. Cualquier pequeño detalle puede suponer la cárcel o el pelotón de ejecución.

El asesino alzó la mano.

—Bueno, me voy. ¿Usted seguirá en la ciudad? ¿Cómo va a sacar el aparato ese, la pieza?

El otro sonrió.

—Eso amigo mío, es de mi exclusiva incumbencia. Usted ha cumplido ya, como en otras ocasiones su parte. Lo demás corre de nuestra cuenta.

Una vez en la calle el hombre del gabán de cuello de piel, el que lo había recibido rió silenciosamente.

—Se va haciendo viejo —dijo en voz alta—. Cada vez más confiado, resulta más tosco en los medios que emplea. Pobre. Creo que su carrera está a punto de terminar.

Salíó a la calle él también, procurando que nadie lo viese, y se dirigió, a través de la nevada, hasta la clínica más cercana. Se metió en la cabina telefónica e hizo una llamada. Apenas le contestaron, y después de taparse la boca con un pañuelo, dijo:

—El hombre que buscan ustedes por el robo de una pieza en la factoría es...

Una mano cortó la conexión. El individuo que estaba hablando no veía más que un dedo que acababa de obstruir la conversación. Volvió la cabeza lentamente y vió que al dedo seguía una mano morena y velluda. Detrás, una manga, la manga de un gabán.

—Me lo estaba imaginando —dijo fríamente la voz del asesino—. Salga usted de ahí, Bertie.

El hombre del gabán de cuello de piel había palidecido y sus mejillas, fofas, empezaron a temblar.

—No se equivoque. Estaba despistando...

—Despistará mejor desde otro sitio, querido Bertie. Vamos, venga conmigo. Reanudaremos la charla donde la dejamos antes. Pero esta vez no será en esa misma casa.

Un enfermero miró con curiosidad a aquellos dos hombres, pero prosiguió su camino sin darle demasiada importancia a la cosa. Dos hombres que salían juntos de telefonar, aun cuando uno de ellos parecía caminar un poco detrás.

En la misma calle en que estaba la clínica, cerca del edificio donde se hallaba enclavado el Palacio del Hielo, había dos solares que antiguamente pertenecieron a una compañía maderera que quebró. Al principio hubo allí un guardia, pero en vista de que nada ocurría, lo quitaron. En la actualidad no había nadie allí.

Y allí llevó el hombre del gabán oscuro a Bertie. Parte de los solares estaba techado con planchas de cinc agujereado, por lo que nadie había intentado siquiera cogerlo. Ambos se pararon debajo de

una de éstas.

—Bien, Bertie —dijo el otro—. Muy bonito. Algo en usted me estaba haciendo sospechar desde hacía algún tiempo. Pero no ha sido hasta que supe que otro de mí misma profesión había sido adiestrado en estos trabajos que empecé a asegurarme. Y hoy no tuve más que seguirle. Me da pena pensar que no puedo dejarlo a usted caer en manos de la Policía, porque entonces yo mismo correría peligro. Sus advertencias de antes también me llamaron la atención. Nunca les había hecho falta decirme que ni una sola palabra debería salir jamás de mi boca. Bien, Bertie. Lamento que no pueda usted caer, repito, en manos de la Policía. Que se enterasen de que Bertie, el honrado ciudadano Bertie, nacionalizado americano, pero ucraniano de origen, es un espía al servicio de los enemigos de los Estados Unidos. Un hombre de la posición social de Bertie, concejal de la ciudad.

Bertie estaba temblando violentamente. De pronto, hizo un movimiento para lanzarse encima del otro, pero el hombre del gabán oscuro retrocedió otro paso.

—Lo voy a matar, Bertie; va usted a morir ahora mismo, por haber intentado traicionarme. Cobraré, por la pieza, como es natural, y luego haré la del humo. Tres millones de dólares, más lo que tengo ahorrado, me permitirá vivir en cualquier país europeo o americano.

—No... —empezó a decir el otro. Pero no tuvo tiempo. Brotó una llamarada anaranjada de la boca de la pistola, y, con un gemido ahogado, el concejal se llevó las manos al vientre. Luego, con lentitud, empezó a caer, primero sobre las rodillas y luego, por fin, a plomo.

El asesino se guardó el arma, separando el silenciador, y cogió el prototipo, mientras observaba el cadáver. Luego salió de nuevo a la calle. Tres muertes en una sola noche había costado aquella pieza; pero su precio era el de tres millones de dólares. Tres millones. A millón por muerte. Teniendo en cuenta la cantidad de gente que muere diariamente, aquello no era demasiado.

¿CONOCE USTED

**NOVELISTAS DE HOY?**

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas*

**¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!**

## XI

### LA RISA SARDONICA



L inspector Burgoyne se recostó en el palco de los Van Roosen. Míster Van Roosen, el prohombre, miraba con aire crítico a su alrededor, y su presencia contenía las habituales intemperancias de Madelon. *Mistress* Van Roosen se abrazaba pegajosamente a Ruth Meyenthal. En cuanto sus hijos o sus ahijados se hacían mayores y dejaban de necesitar sus cuidados, *mistress* Van Roosen se empezaba a poner intranquila, a mirar a su alrededor, a acusar un buen montón de molestias imaginarias, hasta que conseguía otro polluelo. Entonces resurgía, volvían los hermosos colores a sus mejillas, parecía que sus cabellos

rubios cobraban mayor brillo, y sus azules ojos se iluminaban. La venida de Ruth a aquella casa había sido, pues, providencial. En realidad, *místress* Van Roosen debía haber nacido granjera en vez de aristócrata.

La salida de Angélica produjo una acallada conmoción. En los pisos altos del teatro sonaron varios conatos de silbidos, prontamente apagados por los chistidos de abajo. Con su vestido de japonesa, parecía una gigantesca mariposa que proyectaba su sombra hacia las bambalinas. Un silencio religioso reinó en la Opera.

—¿Cuándo lo va a hacer usted? —preguntó Van Roosen, inclinándose hacia Burgoyne.

—Cuando terminen. No pienso perderme la ópera —replicó el inspector.

—¿No teme que se le escape?

—No hay peligro alguno de ello. Tengo el teatro rodeado. Pero de aquí a que *miss* Tormendi encuentre otro «*partenaire*» pasará algún tiempo, y no quiero perderme esto. No se preocupe.

Llegaba la romanza. Con las manos en el regazo, Angélica esperó la señal de la batuta. Cuando ésta llegó, empezó con voz dulce y nostálgica.

«Un bel di vedremo...». Las notas quedaban temblando en el aire y el público de las galerías se inclinaba ansiamente. Las angustias sentimentales de una japonesa enamorada les tenían sin cuidado, pero la voz de la Tormendi era capaz de cautivar hasta a un lagarto. Derramaba su desamparo dulce, mansamente, como si, en efecto, fuese ella misma la que añoraba la vuelta de su viajero amo y señor.

Ninguno sabía que Angélica estaba enamorada. Pero Madelon lo advirtió. Había una nueva nota en la maravillosa voz. «Parece mentira cómo puede influir sobre las cuerdas vocales el cabello rubio y los ojos verdosos de un irlandés», pensó la jovencita, deseando enamorarse por primera vez en su vida. «Está más guapa y canta mejor que nunca», pensó Burgoyne, un poco fastidiado por el espectáculo de tanta belleza y esplendor, que no le pertenecerían nunca a él.

«Pues no lo hace mal», reconoció Van Roosen, atento, más que al canto, a la contemplación de la radiante italianita. «Qué feliz soy», pensó *místress* Van Roosen, estrujando, amasando a Ruth

Meyenthal entre sus ajamonados brazos. «¿Cuándo podré ver de nuevo a papá?», pensó la chiquilla, que no tenía oídos más que para la música.

Y llegaba el final. Palasto cantó muy bien y no pretendió ni un solo momento hacer prevalecer su potencia fonética. Acabó con una nota larga, tremante, que cortó bruscamente. Y empezaron las primeras oleadas de aplausos y silbidos.

—Ahora —dijo Van Roosen. Y Burgoyne se levantó.

Angélica Tormendi logró llegar a su camerino y se encerró en él. Al instante oyó ruido en el otro y comprendió que Palasto había llegado. Con un impulso que nunca podría explicarse, abrió la puerta de comunicación entre ambos y se quedó mirando al cantante.

—Giacomo —le dijo en italiano rápidamente, agitado el pecho por la respiración acelerada—. Te buscan. Saben que eres tú quien mató a no sé quién. Te van a prender.

Palasto la miró asombrado, y luego sus ojos se cargaron de ira.

—Tú... —exclamó.

—Hemos sido amigos —prosiguió la joven, sin apartar la vista de él—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

Pero él no la escuchaba. La apartó de su lado salvajemente, maldiciendo en italiano, y escuchó a la puerta. La joven, aterrorizada se dió cuenta de que los oídos le brillaban con furia vesánica.

—¡Giacomo! —gritó. En la mano del cantante había aparecido una pistola, que sacó del bolsillo de su traje de marino. La pistola la apuntaba a ella.

—¡Silencio! —reclamó—. Silencio, o te mato.

Pero la continua convivencia llega a crear en los hombres un hábito que no se rompe en demasiadas ocasiones. Aquel hombre, la noche anterior había matado a tres personas y hubiera eliminado a veinticinco con tal de conseguir lo que ambicionaba. Pero no podía matar a Angélica Tormendi, su «*partenaire*» durante tantos años. No podía, sencillamente.

La joven, poseída del más tremendo terror de su vida, se había apoyado en la puerta y lo contemplaba con los ojos muy abiertos. En aquel momento oyeron ruido de voces, y Giacomo Palasto se volvió a escuchar. Venían del pasillo, por la parte que daba al

camerino del barítono. La salida por el de Angélica quedaba, pues, expedita. Y Giacomo la aprovechó al momento.

Con la rapidez del rayo pasó al de la «prima donna», escuchó un momento a la puerta, y luego dijo con los dientes apretados:

—¡Silencio! —Abrió la puerta y desapareció. Angélica cerró los ojos y se dejó escurrir al suelo y perdió el conocimiento.

Burgoyne, a la cabeza de tres agentes del  
F. B. I.,

y de varios policías, forzó la puerta del camerino de Palasto, y lo primero que vió fué el cuerpo exánime de la joven. Inmediatamente, y al ver la puerta abierta, lo comprendió todo.

—¡Al escenario! —rugió, mientras uno de los hombres que lo acompañaban se inclinaba sobre la joven.

El pasillo que conducía a aquel camerino iba directamente al escenario. Y allí había una puerta que utilizaban los obreros para salir y entrar sin molestar. O sea, que él podría pasar, quizá, inadvertido de los hombres que había puesto Burgoyne de guardia. El uniforme de marino serviría para despistarlos.

Corrió pasillo adelante, sin respirar, seguido por sus hombres, hasta llegar al escenario. En aquel momento oyó el tiro.

Indudablemente, no había engañado a sus hombres. Lo vió de pronto retroceder, apuntando con una pistola humeante hacia fuera. Desde la sala se oían los gritos de los últimos concurrentes, preguntando qué sucedía.

—¡Deje esa pistola, Palasto! —le gritó Burgoyne.

El cantante se volvió hacia él y disparó con rapidez. Burgoyne se agachó, pero no pudo evitar que la bala le rozase la pierna, rasgándole el pantalón y produciéndole un arañazo sangrante. Cuando sacó su «Magnum» y apuntó hacia el cantante, éste se escondió detrás de uno de los telones y volvió a disparar.

—¡Entréguese! —le gritó rabiosamente—. ¡No podrá salir jamás de aquí!

Palasto volvió a disparar enloquecidamente, y Burgoyne contó los tiros. Dos antes y tres ahora hacían cinco. A no ser que tuviese cargadores de repuesto, le quedaban dos balas.

—Acérquense tapándose en lo posible. Quiero cogerlo vivo para que los jueces hagan con él un escarmiento —dijo Burgoyne a sus agentes—. ¡Vamos, aprisa!

Vieron cómo se movía el telón tras el cual se había ocultado Palasto y se dirigieron hacia él con grandes precauciones. Poco antes de llegar, un nuevo tiro rasgó la lona y uno de los policías de uniforme se llevó la mano derecha al brazo izquierdo. Luego se retiró de la lucha, sangrando.

—Me rindo —gritó Palasto de pronto—. ¡Pueden venir! ¡Se me han acabado las balas!

Burgoyne dió un suspiro de alivio y se dirigió, arma al brazo, hacia donde sonaba la voz.

—¡Salga! —gritó.

Pero no hubo aparición alguna. Aquello empezó a amoscar al inspector.

—¡Salga! —repitió más alto.

Ninguno de ellos vió, en la semioscuridad, el reguero oscuro que corría por el suelo. No lo vieron hasta que lo tuvieron en los pies. Burgoyne lo miró en el momento en que iba a dar otro paso adelante y vió cómo le mojaba el zapato.

—¡Qué demonios!... —empezó a decir, cuando observó que había varios más. Prácticamente, sus hombres estaban sobre el líquido. Una sospecha se insinuó en su mente.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Échense hacia atrás!

La llama que brilló detrás del telón tras el que se escondía Palasto fué al principio muy pequeña pero de pronto brotó un enorme surtidor de fuego, que se alargó como una serpiente hacia ellos. Burgoyne comprendió la treta del cantante. Los había atraído hacía cerca de donde él estaba y había volcado varios bidones de gasolina. El desnivel del escenario con los bastidores había hecho el resto.

Los policías dieron media vuelta sin ninguna discusión y echaron a correr pasillo adelante, con las llamas persiguiéndolos. Como casi todos ellos habían pisado la gasolina, algunos tacones empezaron a arder, aun cuando aquello era fácil de apagar. Lo peor era, según advirtió el inspector, que los telones, de lona y madera la mayor parte de ellos, comenzaban a arder.

—¡Ese hombre está loco! —exclamó—. Pero loco o no, no vamos a dejarnos asar como gansos. ¡Fuera todo el mundo del edificio! ¡Fuera, he dicho!

Otros dos disparos, en rápida sucesión, le indicaron que Palasto

había intentado salir por la puertecilla de detrás del escenario. Abandonaron el pasillo por la puerta final y salieron a la calle, bajo la nevada, para dar la vuelta al edificio y conseguir la puertecilla. Se había reunido un enorme grupo de gente en la calle, de los mismos que estuvieron en la función, y el director del teatro, con las manos crispadas, se lamentaba en medio de sus adláteres. Las llamas eran claramente visibles por las ventanas altas.

Varios coches de la Policía, uno de ellos con un altavoz, llegaron haciendo sonar las sirenas, mientras se avisaba a los bomberos y se procedía a despejar la calle y las aledañas. Los dos policías que habían quedado de guardia en la puertecilla del escenario se escondían tras los quicios, y de vez en cuando asomaban la cabeza y trataban de mirar entre el humo.

—¡Saldrá! —afirmó categóricamente Burgoyne a un inspector de Policía que se había puesto a su lado—. En cuanto empiece a asarse. Despéjeme la calle, por si acaso le quedan más balas e intenta abrirse paso a tiros.

Madelon Van Roosen, su padre, su madre y Ruth Meyenthal estaban allí en un grupo, al lado del automóvil del cacique. Se acercó a ellos, limpiándose la cara. Bien abrigada entre las mantas estaba Angélica dentro del coche. Acababa de recobrar el conocimiento, y *mistress* Roosen insistía en que debían marcharse cuanto antes a casa.

—Un hombre que canta tan bien... —empezó la holandesa como si no lo pudiera creer. La pálida cara de Angélica apareció por la ventanilla.

—No puedo entenderlo —dijo—. ¿Cómo es posible que Giacomo...?

—Hace ya mucho tiempo que lo hacía —dijo el inspector—. Ya me he enterado de ello por la Oficina Federal de Washington. Lo hizo para los alemanes, para los italianos y para los ingleses. Ha espiado siempre, aprovechando que un artista es siempre bien recibido en todas partes y tiene acceso a todos los sitios. Si me hubiera acordado antes de

Mata-Hari

no hubiese durado tanto este misterio.

—Parece bastante claro ahora, inspector; pero ¿qué diablo le hizo sospechar de él?

—Una cosa lo perdió. El causante de aquel ridículo que él hizo en la Opera, según me contaron ustedes, fué Fitzgerald. Al oírlo anoche, cuando él acababa de matar al viejo judío, no pudo resistir. Su orgullo le obligaba a que le pagasen con sangre una herida en su amor propio. Y quiso matar al otro. Y como Fitzgerald no tenía, no podía tener enemigos en la ciudad... aún, empecé a pasar revista a los posibles sospechosos. Él era el único.

—¡La puerta! —dijo de pronto Madelon, alzando la mano en el aire—. ¡Ahora me acuerdo! Palasto estaba en el vestíbulo de casa anoche, y él oyó a Pat decir dónde estaba la pieza.

—Pero ¿cómo diablo pudo enterarse de dónde estaba la pieza? —preguntó Van Roosen.

—Acuérdese, señorita Van Roosen, de anoche; cuando nosotros nos marchamos, Palasto se había quedado en el vestíbulo y nos oyó. Cómo encontró el restaurante es algo que no sé, pero seguramente fué porque era el único abierto a aquella hora.

Un grito inhumano salió de la puerta, y la multitud, con ese sadismo especial de las masas cuando contemplan un espectáculo público, empezó a rebullirse y a intentar romper el cordón policial. Un hombre, echando humo por los cabellos, apareció en la puerta, y los dos detectives federales lo cogieron antes de que lograra dar dos pasos fuera. Tenía la cara contraída, llena de quemaduras y reía como un demente, con las facciones contraídas. Se parecía, según pensó horrorizado Burgoyne, se parecía extrañamente a la mascarita que él encontró en la tienda del comerciante asesinado.

Instantes después ya había acabado todo. El coche policiaco se llevó al loco y los guardias disolvieron a la gente en un momento, mientras llegaban los bomberos.

Poco se pudo salvar del palacio de la Opera, pues sólo los armazones metálicos quedaron en pie, además de algunos muros ennegrecidos. Claro está que Van Roosen, dos meses después, dió dinero al municipio para el comienzo de otro edificio.

Hacía un calor muy agradable en la habitación, a pesar de sus proporciones. Entre el calorcillo aquel de la chimenea de troncos y el del «cognac», unido todo a la digestión de la cena, todos estaban ligeramente soñolientos. *Mistress* Van Roosen, que de vez en cuando hacía gala de una cierta liberalidad en la comida y en la

bebida, había usado copiosamente de ambas y se encontraba mucho más dicharachera que de costumbre y también más arrebolada. No parecía en absoluto madre de Madelon, que era tan esbelta.

Estaban todos. *Mistres* Van Roosen, su marido, su hija, tirada en el suelo, sobre la alfombra, al lado de Ruth, y Patrick Fitzgerald, que de vez en cuando le daba un golpecito en la cabeza. Burgoyne, con una copa de «cognac» en la mano, se hallaba de pie detrás de la silla de *mistress* Van Roosen.

Patrick estaba arrellanado en un sillón, con aire de conquistador, Angélica Tormendi se sentaba en el brazo del mueble y tenía pasado un brazo por encima de los hombros del irlandés. Éste llevaba todavía un bastón, que reposaba a su lado. La herida de la cadera había cicatrizado, y bien además.

De vez en cuando, el cacique lo miraba con aire aprensivo. Aquella postura lo tenía sumamente preocupado. No era natural que un vagabundo cualquiera estuviese sentado en su propio salón, fumándose sus puros y bebiéndose su «cognac», además de conquistar a su hija favorita. Pero las mujeres eran seres muy raros. Cuando deciden ayudar a alguien, lo hacen de manera irracional. Pero, a pesar de todo, el irlandés le gustaba. No podía remediarlo.

—Bien, ya acabó todo —dijo Madelon, estirándose como una enorme gata—. Gracias a Dios que ahora podremos disfrutar de un poco más de tranquilidad, sin Angélica lloriqueando por los rincones ni Pat muriéndose en una cama del hospital, ni mamá comiéndose a la pobre Ruth.

Su madre le dió un golpe en la cabeza, pero era incapaz de enfadarse aquella tarde. Había comido demasiado para ello.

—Nunca podré comprender cómo pudo mantener Giacomo guardado el secreto en tantos años de vida junta como hicimos él y yo.

—Pues en París, en Roma, en Londres y en Estocolmo lo hizo —dijo Burgoyne—. Hay que reconocer que era condenadamente hábil. Sólo que en esta ocasión falló.

—Falló porque yo lo impedí —declaró Fitzgerald y los demás se echaron a reír— sí, pueden reírse lo que quieran, pero si yo no hubiese encontrado la pieza en el bosque, nadie hubiera podido impedir que Palasto se apoderase de ella.

—Y a propósito —dijo Burgoyne mirándolo fijamente—. El

papel de usted es un tanto extraño. ¿Qué diablos vino usted a hacer a esta población? Y no me diga que es simplemente un vagabundo.

—Pues lo soy —declaró el otro—. Cuando terminó la guerra me dije a mí mismo que jamás me ajustaría a un trabajo fijo, a no ser que necesitase comer urgentemente. Y eso he venido haciendo. Recorro el país y vivo sobre la marcha. De cuando en cuando me publican un artículo o un reportaje en un periódico de Chicago. Ya le enseñaré alguno.

—Pero... —dijo *mistress* Van Roosen—. Usted dijo que quería casarse con Angélica.

—Falso. Es ella la que quiere casarse conmigo. Ella me cazó, a conciencia de lo que hacía. Yo no tuve ninguna culpa.

—¡Qué descaró!

—Vean la prueba, si no. Pero esta vez le ha salido mal la cosa. Tendrá que venir conmigo por esos anchos caminos de Dios o quedarse aquí.

—«¡Oh, amor descuidado!» —canturreó Angélica.

—Ella no hará eso —protestó *mistress* Van Roosen, escandalizada—. Es demasiado sensata para hacerlo.

—¿Qué harás? —preguntó Fitzgerald, mirando a la sonrosada cara de la cantante.

—Ir contigo, naturalmente. Ahora que te cogí, no pienso dejarte suelto. Hay muchas mujeres en el mundo que se enamoran de lo ajeno. Pero no pienses que vamos a pasar hambre. Tengo dinero.

—No será necesario —opinó Van Roosen, mirándolos a ambos—. Tengo un trabajo para Fitzgerald. —Un trabajo que le gustará.

—Ninguna clase de trabajo puede gustarme —afirmó el irlandés, estremeciéndose—. No he nacido para ello, lo aseguro.

—Éste, sí. Se trata de la sección de publicidad de varias de mis factorías.

—No lo quiero. No puedo quedarme quieto durante mucho tiempo.

*Mistress* Van Roosen se inclinó hacia su marido y le dijo algo. Éste asintió.

—Creo que tienes razón. Angélica, ¿quieres quedarte a vivir para siempre en esta ciudad, ya que míster Fitzgerald insiste en que dejes el canto?

—Claro que sí.

—Pues... No hay más que hablar.

—Buen trabajo, míster Van Roosen —dijo Burgoyne, sonriendo—. Ahora se trata de quién podrá más, si Fitzgerald o *miss* Tormendi.

Patrick se incorporó alarmado.

—¡Eh, un momento! Si yo digo que Angélica y yo nos vamos a recorrer el país, se hará eso, no otra cosa.

—Si —dijo míster Van Roosen, mirando a su mujer y guiñando un ojo.

—Sí —respondió Madelon en el mismo tono.

—Si —dijo Burgoyne—. Lo veremos a usted en la sección de publicidad, Fitzgerald. Si no, aguarde algún tiempo.

Patrick miró a todos con expresión de ira reconcentrada.

—Son muy listos, ¿eh? Pues ya veremos. Puedo apostarles...

—Aceptado de antemano —dijo Van Roosen—. Conozco a Angélica desde que apenas medía una yarda y sé que cuando quiere una cosa la consigue. Me apuesto cinco mil dólares.

—Y yo —añadió, plácidamente, su esposa—. Mi collar de perlas rosa.

Y todos, menos Patrick Fitzgerald, se echaron a reír.

FIN



## EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras *inéditas* de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

## NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

---

COLABORADORES DE

## NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pio BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camilo José CELA, Francisco de COSSIO, Darío FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUIA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos.





# ¡CHANTAJE!

Como el título indica, esta obra se basa en un chantaje canallresco, del que se hace víctima a personas incapaces de resolver por sí mismas tan grave exposición. Ha de intervenir el F. B. I., con sus agentes especiales, para conseguir descubrir al culpable, oculto tras la cortina del mayor de los misterios.

Entonces...

## EDDIE THORNY

Es el autor de tan magnífica obra, en la cual nos muestra, mejor que nunca, sus admirables dotes de narrador y su dominio de la intriga.

# ¡CHANTAJE!

será el próximo número de esta sin par Colección  
F. B. I.

---

## NOVELISTAS de HOY

Es una colección que ha revolucionado el mercado del libro, por su exquisita presentación, el renombre internacional de los autores y su módico precio:  
5 PESETAS.

SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO

y no tardará usted en suscribirse a

## NOVELISTAS de HOY

Ptas. 5



## NOTAS

[1] «Dagoe»: nombre despectivo que los anglosajones dan a los latinos. (N. del E.). < <

[2] Burgoyne fué uno de los generales ingleses que combatieron contra los americanos cuando éstos querían independizarse. Lo llamaban el «General poeta», y, después de tomar Ticonderoga, fué derrotado en Saratoga por los jefes americanos Gates y Arnold. (Nota del editor). < <

[3] En castellano en el original. (N. del E.). < <

[4] En castellano en el original. (N. del E.). < <

[5] Lenguaje judío formado por una mezcla de alemán y hebreo que se habla en los *ghettos* alemanes. < <

[6] Krakau: nombre que dan los alemanes a Ja ciudad polaca de Cracovia. (N. del E.). < <

[7] No necesitamos recordar al lector que el autor se refiere a grados Fahrenheit. Veintitantos °C (N. del E.). < <

[8] De la comedia «Pígmalión». (N. del E.). < <

[9] En castellano en al original. (N. del E.). < <

[10] Vieja canción lamento, muy conocida en los Estados Unidos y que lleva el nombre de «El amor de Kelly». Su traducción es: «Amor, oh amor descuidado. —Oh, esto es el amor, el amor descuidado—. Véase lo que el amor descuidado ha hecho». Y la alusión es doble, porque Kelly es un apellido irlandés y el protagonista de la canción es un vagabundo. (Nota del editor). < <

[11] De «La leyenda de los siglos», de Víctor Hugo. Caín, al cometer su crimen, ve siempre enfrente de él el ojo de Dios, abierto en las tinieblas (Nota del editor). < <

[12] Mal judío, en «yiddish». (N. del E.). < <